

EL FIN DE LEMURIA

H. S. THELS

Colección ESPACIO

El fin de Lemuría

POR

H. S. Thels

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Depósito legal: 5.304 — 1953

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTS IN SPAIN

T. G. Peralta. —Pasaje de Nuria, 8. —Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



E un violento talonazo, Carson se elevó, abandonando el fondo arenoso del mar. A medida que subía, como impulsado por una fuerza misteriosa, vio que el color del agua iba aclarándose y las diversas tonalidades le dieron la medida exacta que le faltaba para llegar hasta la superficie.

Abriendo los brazos se detuvo a una docena de yardas de la superficie, permaneciendo entre dos aguas unos momentos, de forma a evitar «la borrachera de oxígeno», tan fatal para todos los que olvidan la descompresión que se produce al pasar, brutalmente, del fondo del mar al ambiente aéreo.

Pero Carson hacía muchísimo tiempo que vivía tanto debato del agua como fuera y conocía perfectamente su oficio.

Durante aquel par de minutos que estuvo detenido, moviendo ligeramente brazos y piernas, Tyrone Carson hizo el balance de lo que había logrado en las últimas semanas, frunciendo el ceño.

La «pandilla» le esperaba arriba, sobre la lancha y ellos, como él, sabían que la época de las vacas gordas se estaba acabando, junto a la paciencia de míster O'Neill, aquel millonario americano que les había empleado, cándidamente, para buscar un inexistente tesoro en las aguas del Mediterráneo, cuyo plano —fabricado por el propio Carson—, había llegado a manos del potentado gracias a los buenos oficios de un cómplice de Tyrone.

La vida era así.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, hombres como Carson, Wall, Preston y Tamari, el japonés que se les había unido y que nadie sabía aún cómo, no habían encontrado más que trabajos rudos y mal pagados. Por eso, Carson había montado aquel negocio de «buscadores de tesoros» que, hasta entonces, había dado sus positivos resultados, permitiendo a la «pandilla» realizar, al mismo tiempo, una serie de investigaciones que llevaban a cabo de una manera particular.

Pero hasta esto había fallado.

¿Quién demonios podía haber hablado de la existencia de yacimientos petrolíferos bajo las tranquilas aguas del Mediterráneo?

Indudablemente, alguien con una imaginación portentosa. Porque, desde hacía casi dos años, Carson y sus hombres habían recorrido infinidad de millas bajo el agua, obteniendo siempre los mismos decepcionantes resultados.

Sí, los buenos tiempos se habían terminado definitivamente, ya que empezaban a ser demasiado conocidos entre los millonarios aficionados a los «fantásticos» tesoros que inexistentes galeones guardaban, junto a sus restos, en el fondo del mar.

Habría que buscar alguna otra cosa.

Pasado el tiempo necesario para evitar los efectos: de la descompresión, Carson subió velozmente a la superficie. Al aflorar fuera del agua, miró a su alrededor y en seguida percibió la lancha de sus amigos, a un centenar de metros de donde había emergido.

Vio también la motora.

Extrañado, nadó velozmente hacia la lancha de sus amigos, preguntándose qué clase de complicación habría surgido.

Después de todo...

Al llegar junto a la barca, les brazos de Wall y los del japonés le ayudaron a izarse a cubierta. Una vez allí, se quitó la máscara, desasiéndose asimismo de los pesados depósitos de oxígeno que llevaba a la espalda.

El hombre le miraba, con curiosidad creciente.

Era viejo, menudo, encogido en sí mismo, con un cuerpo delgado y huesudo del que emergía, bruscamente, desde el cuello, una cabeza enorme, que hacía aún más grande la dimensión de la frente, bordeada de cabellos cortos y blancos.

Tenía un par de límpidos ojos azules y sus labios se entreabrían ligeramente en una sincera y simpática sonrisa.

—Es el señor Revard —dijo Wall a modo de presentación.

El viejo tendió una huesuda pero cálida mano, que el hombre-rana estrechó.

—Encantado.

—Yo también. Ya he explicado, un poco por encima, a sus compañeros lo que me ha traído aquí. He oído hablar de ustedes y...

—¿Y si pasásemos a la cabina, señor Revard? Allí estaríamos más tranquilos. Además, después de cada inmersión tengo que tomar un trago. El agua está bastante fría en esta época del año.

—Como usted quiera.

Descendieron la escalerilla y los demás quedaron en cubierta.

Estaban acostumbrados.

Para todos ellos Carson era, sin ningún género de dudas, el jefe, cuyas órdenes se cumplían siempre. Hasta el japonés que era el único que al principio había mostrado el deseo de tener sus ideas propias, no había tardado mucho en darse cuenta de que el único cerebro autorizado a funcionar era el de Tyrone.

Una vez en el interior de la minúscula cabina, Carson hizo un gesto invitando al viejo a que se sentase en la litera-sofá. Mientras, él, que llevaba aún las «patas de rana», se desembarazó de ellas, en un santiamén, sacó del mueble bar una botella y cogió al mismo tiempo dos vasos.

—Yo no bebo nunca —declinó Revard.

Tyrone se encogió de hombros.

—Como quiera.

Él se sirvió un vaso más que mediado y sin agregarle ni una sola gota de soda lo bebió de un solo trago.

Luego encendió un cigarrillo.

—Usted dirá.

Revard, que se había acomodado lo mejor posible en el estrecho espacio de la litera, jugueteó con el anillo que llevaba en la mano derecha y que demostraba su viudez.

—Me dedico —dijo —a trabajos de oceanografía y soy profesor del Instituto Oceanográfico de París. Hace mucho tiempo que busco los restos de una fauna abisal que, según mis estudios, procede del Cretáceo...

—¿Qué es eso?

—Un período de la Tierra.

—Bien, siga.

—Hasta ahora, debido sobre todo a la falta de elementos, no he podido investigar ciertas zonas en las que estoy seguro de encontrar ejemplares de esa interesante fauna.

—¿A qué lugar se refiere?

—A las cercanías de la isla de Madagascar: concretamente, en aguas del Canal de Mozambique.

—Nunca he estado allí.

—El clima es cálido y la temperatura del agua deliciosa... Necesito, señor Carson, todo su equipo de hombres-ranas.

—Bien. —Y después de una pausa—: ¿Sabe que le costará bastante caro?

—Estoy dispuesto a pagar.

Carson sonrió, sirviéndose un nuevo vaso. La cosa merecía la pena.

—Eso es otra cosa. Sé que el señor para el que trabajarnos ahora va a disgustarse y exigirá unas ciertas... reparaciones.

—Las pagaré.

—Nosotros cobramos siempre en dólares.

—Bien.

Tyrone bebió nuevamente de un trago.

—Ya supondrá que los gastos de viaje, los de manutención y las reparaciones de nuestro equipo han de correr exclusivamente por su cuenta.

—Lo comprendo.

Hubo una pausa.

—Creo que hemos hablado de todo. El precio será de doscientos dólares diarios, completamente libres.

—De acuerdo.

—Y —sonrió cínicamente—, en caso de encontrar esas... cosas que busca, a su entera satisfacción, esperamos un pequeño premio.

También sonrió el profesor, pero lo hizo franca y llanamente.

—Si me encuentran el ejemplar que estoy buscando, tendrán mil dólares de premio por cabeza y cinco mil, además, para el que lo logre.

—¡Es estupendo!

—Me alegro que le convenza; pero, de todos modos, he de prevenirle antes de que firmemos un contrato.

—Diga...

El profesor cambió de lugar, parecía molesto, incómodo, quizá porque no encontraba las palabras para empezar.

Después explicó:

—Los animales que yo busco, todos ellos residuos de la Época Secundaria, no se encuentran cerca de la superficie, sino en la capa afótica.

—¿Qué es eso?

—La zona más profunda de la capa pelágica. Ya sabe usted que, siguiendo la profundidad, las aguas se dividen en dos zonas: la nerítica y la pelágica. La primera alcanza hasta los doscientos metros y es la más conocida; la otra, la pelágica, está a su vez dividida en dos más: el estrato diáfano y el afótico, cuya etimología explica su significado: sin luz, ya que una oscuridad eterna reina en esas profundidades.

—¿Cuánto... en metros?

—Cerca de medio kilómetro.

—¡ Pero eso es imposible!

El profesor sonrió:

—Hasta ahora, sí; pero yo he inventado un aparato, una campánula que no recubre más que la cabeza y que resiste toda clase de presiones. Con ella, un dispositivo especial, que ya conocerá a su tiempo, refuerza la oxigenación de los tejidos, ya que a esas profundidades, la presión torácica hace casi inútil la respiración normal.

—No lo entiendo.

—Ya lo verá, con sus propios ojos, cuando hagamos las primeras pruebas. —Y después de un corto silencio—: Desearía que estuviesen ustedes dentro de una semana en Marsella. ¿Será eso posible?

—Si abonamos a nuestro actual patrón las reparaciones de las que le hablé antes, no veo dificultad alguna que se oponga que estemos dentro de una semana, y aun antes, en Marsella.

—¿Qué cantidad ha de pagar?

—Mil doscientos dólares...

Dijo aquella cifra, con la seguridad de que el otro iba a poner impedimentos, pero cuando le vio sacar el talonario y firmar el cheque, se maldijo de no haber pedido el doble. Había sido un imbécil.

—Aquí tiene usted.

El profesor se levantó, estrechando la mano que el otro le tendía.

—Me hospedo en el Hotel Mediterráneo. Aquí tiene usted mi tarjeta.

—Pronto nos veremos, señor Revard.

Minutos más tarde, la motora que había conducido al viejo hasta allá, se alejaba, conducida por un marino que no se había movido de la embarcación en todo aquel tiempo.

Cuando la lancha estuvo lejos, Carson sacó el cheque, abanicándose ostentosamente con él.

Los otros le rodearon, asaeteándole a preguntas.

—¿Qué quería?

—¿Por qué te ha dado ese dinero?

—¿Qué quiere que hagamos?

Tyrone sonrió:

—Es un viejo loco y no creo que tengamos mucho trabajo con él; pero, como estáis viendo, por la muestra que me ha entregado, podremos obtener otros cheques y llenar nuestra bolsa, que empezaba a estar vacía.

—¿Es otro buscador de tesoros? —inquirió Wall.

—No, es un sabio, un ictiólogo, que desea encontrar fósiles de no sé qué época, ¿Qué puede importarnos lo que busque? Viviremos en su barco y haremos lo que nos diga… haciéndoselo pagar bien. ¿Contentos, muchachos?

Todos ellos expresaron su alegría.

—Recojamos los equipos y volvamos a tierra… ¡Esto hay que celebrarlo!

* * *

Yvonne abandonó la zona residencial de la ciudad, donde se encontraba el hotel Mediterráneo y se dirigió hacia el viejo puerto donde, indudablemente, y encontraría lo que iba a buscar.

La enfermedad de Marcel, el piloto del «Chercheur», el barco de su padre, había sorprendido a todo el mundo. Y cuando el médico de la clínica a la que el marino fue trasladado dijo que éste no podría volver a navegar en mucho tiempo, el profesor rogó a su hija que buscase un nuevo piloto, mientras él iba en busca del famoso equipo de hombres-rana.

También Yvonne estaba deseando que el barco levase anclas.

Hacía cuatro años que navegaba, casi sin interrupción y aquélla era la causa de que se sintiese mucho mejor en el mar que en tierra firme. Enamorada de la vida marina y completamente convencida de que su padre lograría sus propósitos, veía en los viajes, al mismo tiempo, el cumplimiento de un deber y la satisfacción de un deseo siempre, renovado.

La muchacha era alta, esbelta, con una hermosa cabellera negra y una piel en la que el sol parecía haber tocado de justeza para proporcionarle un tono de color agradable. Caminaba erguida, acostumbrada, a tenerse firme en la cubierta del buque y su arrogante y deliciosa silueta hacía que muchos hombres volviesen la cabeza para contemplarla.

Iba vestida sin afectación y ni una sola gota de pintura o afeite

le era necesaria a su natural belleza. Hacía ya muchísimo tiempo que había olvidado el rojo de labios y el maquillaje. Y, en realidad, no los necesitaba.

Penetró en el viejo puerto, entrando en el barrio de los marineros por una calleja estrecha y sucia. Su deseo más imperioso era el de encontrar cuanto antes al piloto que necesitaban y volver al hotel, para desde la ventana de su habitación contemplar el barco, anclado en el muelle.

Poca gente circulaba por aquellas calles y sólo el rumor de las voces, que surgían de los locales donde estaban los marineros daba idea de que aquel barrio no estaba completamente desierto.

Ella tuvo que llegar a la conclusión de que había de penetrar en una de aquellas tabernuchas. Y, aunque tal cosa le repugnaba sin llegar a atemorizarle, ni mucho menos, hubo finalmente de decidirse y descendió las mohosas escalerillas que conducían a uno de aquellos locales.

En el interior la atmósfera era tan densa que hubiera podido cortarse con un cuchillo. Apestaba a tabaco malo, a alcohol y también a ese olor característico que sólo posee la gente de mar.

Una docena de mesas, las que había, estaban ocupadas por hombres que bebían, jugaban o charlaban, en mecho de un rumor impreciso y turbio.

Atravesando el estrecho pasillo que las mesas dejaban entre sí, Yvonne se acercó al mostrador.

El hombre que había al otro lado del mostrador tenía un rostro de foca, con grandes bigotes lacios, que le caían a ambos lados de la boca. De cabeza enorme y completamente calvo, su cuello era una especie de gola grasienta que sirviese de prólogo al volumen adiposo de su cuerpo.

Llevaba los grasientos y enormes brazos remangados y su pecho estaba cubierto con un delantal verde a listas negras.

Sus ojos porcinos miraron con curiosidad y sorpresa a aquella cliente inesperada; pero no hubo en su mirada ningún brillo como el que la joven sorprendió en los otros.

—¿Qué quiere beber? —inquirió con voz aflautada.

—Nada, sólo deseaba una información.

El otro, antes de contestar, cogió una bayeta y secó unos vasos que tenía ante sí.

—¿Qué clase de información?

—Verá —la joven dudaba—, yo desearía un capitán para mi barco; es decir, un capitán no, sino un piloto diestro.

El tabernero levantó la cabeza, dejando expresar libremente su sorpresa; después, conteniendo a duras penas su risa, se dirigió a los presentes:

—¿Habéis oído, muchachos? Esta muchacha necesita un buen piloto para su barco...

Y siguió riendo, desagradablemente. Su doble papada se movía, como una bolsa de grasa que se estremeciese espasmódicamente.

Algo debió llamarle la atención porque su rostro cambió de expresión; al mismo tiempo, la muchacha oyó el ruido de una banqueta que se movía un tanto bruscamente y el sonido de unos pasos que se le acercaban por la espalda.

Se volvió, justo para ver a aquel gigante que, con una sonrisa equívoca, avanzaba hacia ella.

CAPITULO II



E estremeció. Los rostros de los demás, que formaban un fondo unido detrás del hombre que se adelantaba, expresaban tantas cosas desagradables e inconfesables, que Yvonne se dio cuenta del craso error que había cometido. Evidentemente, nadie la había tornado en serlo y aquellos hombres rudos, que eran normales a bordo, pero que dejaban libre su bestialidad en cuanto pisaban un

puerto, deseaban divertirse a su costa.

Lanzó una angustiosa mirada hacia la escalerilla y la puerta de salida, pero ¿quién era capaz en aquellos momentos de intentar abandonar el local?

Era fácil imaginarse a los hombres tendiendo los brazos, formando intransitables barreras, cerrando los pasillos entre las mesas y haciendo que volviese junto al coloso, que les aseguraba al menos una ruptura a la monotonía de aquellos momentos.

Todos deseaban saber lo que iba a pasar y por nada hubieran perdido aquella ocasión de divertirse.

Porque todos conocían a Pierre «le Costaud» —el fuerte —y sabían que éste no les decepcionaría.

Yvonne le vio acercarse.

Era alto, ancho, enorme junto a ella; pero, además del volumen, su rostro, cruzado por una cicatriz que le iba de la boca a la oreja izquierda y por otra que dividía su frente en dos partes desiguales, era lo que más repugnancia le daba. Gruesos labios, nariz deforme y cejas pobladas, hirsutas, bajo las que los ojos, pequeños y hundidos, ofrecían un acentuado estrabismo.

El hombre llevaba una camisa azul y unos pantalones de marino.

Yvonne retrocedió instintivamente, hasta que chocó de espaldas al mostrador, que parecía significarle que él era el límite de la posible retirada.

Con una sonrisa horrible, Pierre, pareciendo ignorarla, se dirigió al tabernero:

—¿Es ésta la chica que pide un piloto para su barco?

El otro asintió, incapaz de decir nada más, ya que temía que la risa malograse aquellos momentos de emoción.

Además temía a Pierre.

Éste se volvió hacia la muchacha.

Sus manos, sus enormes y velludas manos, hicieron un gesto hacia ella; pero, pensándolo mejor y para dar mayor fuerza a lo que deseaba demostrar, se cerraron sobre su camisa, desgarrándola de un brutal gesto y lanzando los pedazos a tierra.

Su tórax monstruoso se dilató, al esfuerzo de una potente inspiración: un tórax que, como los brazos, ahora igualmente al descubierto, mostraba un conjunto de tatuajes curiosos y

horripilantes a la vez.

Flexionó los brazos, haciendo que los bíceps surgiesen, como monstruosas gibas, dilatando igualmente los dibujos que la aguja y la tinta china habían puesto en ellos.

—¿Te convengo, preciosa? ¿Crees que podré llevar tu barco?

Las risas empezaron a surgir de las mesas.

—He recorrido todos los mares y tengo una novia en cada puerto… Éstos pueden decírtelo, muñeca… Aunque espero que no te muestres celosa, ya que pienso dedicarme especialmente a ti.

Ella estaba helada, estremeciéndose de terror y dudando, mientras pensaba ansiosamente, en lanzar un grito de auxilio; pero, por otra parte, estaba más que segura de que el grito moriría en sus labios, aplastados por una de aquellas repugnantes manazas.

Y esto es lo que ella, por encima de todo, deseaba evitar: que aquel hombre la tocase. Estaba dispuesta a oír sus palabras burlonas y hasta soeces, con tal de que después, cuando él se fatigase y se percatase de que estaba haciendo el ridículo, la dejasen ir. Y se prometía no volver a hacer gestión alguna de aquel desagradable género.

—¿No me dices nada, preciosa?

Yvonne se mordió los labios.

Y fue entonces cuando, en contra de cuantas ilusiones se había forjado la muchacha, la mano derecha del hombre se posó en su hombro. Un prolongado escalofrío la recorrió la espalda.

—¡Déjeme!

Las carcajadas fueron el eco que encontraron sus quejas.

—¡Déjeme!

La otra mano se posó sobre el otro hombro. Era como si dos cepos la aprisionasen, penetrándole en la carne, como si los dedos de aquella bestia fueran de acero.

—Déjala, Pierre.

La voz sonó a la espalda de la joven y ésta, aunque lo hubiese deseado, no se atrevió a volverse.

Pero vio el brillo asesino en los ojos del hombre, que seguía con las manos sobre sus hombros, como si desease marcarla de una brutal posesión.

—Déjala, Pierre.

La voz era dura; pero, al mismo tiempo, le pareció que nunca

había oído algo tan delicioso.

—¿Por qué te metes en esto, Yves?

—Deja que se marche... no es de las mujeres que tú acostumbras a frecuentar.

Los dedos apretaron los hombros y la muchacha contrajo el rostro, con una expresión de dolor.

—¡Lárgate, Yves! Vas a enfadarme...

¿Cómo pudo ocurrir aquello?

Se vio arrancada de las garras del coloso y le pareció como si volase sobre el suelo. La habían cogido firme, pero delicadamente, por la cintura y colocado detrás del hombre llamado Yves, que ahora estaba entre Pierre y ella, como una barrera de seguridad.

Lila no veía más que las espaldas del hombre que había intervenido en su favor. Y aunque la corpulencia de éste era indudable, no podía compararse con la de Pierre, cuya silueta sobresalía alrededor de la del otro, como un contorno espantosamente negro.

—¡Voy a destrozarte, Yves!

Ella retrocedió un poco más cuando el coloso se abalanzó sobre el joven. El golpe resonó lúgubremente, fuerte como un martillazo que alguien hubiese dado sobre una superficie dura.

Yves se tambaleó.

Pero, recuperándose velozmente, se lanzó contra su adversario y la pelea, la más horrible que Yvonne había visto jamás, se desarrolló allí mismo, ante sus ojos, como una pesadilla espeluznante.

Lo curioso era. que ella no deseaba ahora irse, como si se diese cuenta de que su presencia allí jugaba un papel importante.

Después de los primeros golpes intercambiados, Pierre logró colocar a su adversario en uno de los rincones de la sala, junto al mostrador. Una. sonrisa cruel apareció en sus labios y sus ojos estrábicos brillaron como carbones encendidos.

Se adivinaba el final rápido y nadie hablaba ni decía nada. Tan sólo se oía la respiración fuerte de los dos luchadores que resoplaban intensamente y el ruido de sus dientes que rechinaban.

Pierre se lanzó.

Era su golpe favorito, como lo hubiese sido el de un toro furioso. Bajó la cabeza y arremetió contra el otro, seguro de

tumbarlo, medio muerto, en aquel lugar donde lo había arrinconado.

Yvonne se llevó las manos a la boca, como si desease ahogar el grito de horror que pugnaba por salir de sus labios.

Pero, en la última fracción de segundo, cuando todo parecía perdido, Yves logró un verdadero «tour de forcé», una acrobacia maravillosa que hizo que todos lanzasen una exclamación de admiración.

Parecía completamente imposible que el joven lograse impedir que la cabeza de Pierre le golpease, como un martillo pilón, poniéndole fuera de combate. Pero cuando la distancia que le separaba de su enemigo era mínima, Yves saltó como un gato por encima del mostrador, desapareciendo de ante su enemigo cuando éste no podía ya detener el enorme impulso que llevaba.

El mostrador se estremeció y los vasos que había sobre él salieron lanzados, produciendo, al caer, un ruido de cristales rotos.

Cualquier otro ser humano se hubiese partido el cráneo en dos, al golpear contra la madera, pero Pierre tenía muy poco de humano. No obstante su fortaleza verdaderamente sorprendente, el golpe fue lo suficientemente fuerte para atontarlo, aunque no le derribó.

Inclinado, completamente inconsciente, el coloso retrocedió, con las manos extendidas, como si todavía, a través del espeso velo qué le rodeaba, buscase al enemigo que se le había escabullido en el último instante.

Naturalmente, Yves no perdió la magnífica ocasión que se le presentaba. Era, por otra parte, la ley de la pelea y nadie podría decir nada si obraba de aquel modo.

Saltando ágilmente el mostrador, cayó junto a Pierre, al que golpeó frenéticamente, como si en aquellos momentos comprendiese lo que habría sido su suerte si el gigante hubiera logrado asestarle el terrible golpe de cabeza que había intentado propinarle.

Poco a poco, aquella masa de músculos fue vacilando, no sin intentar, a pesar de su estado, atrapar más de una vez al joven; pero éste evidentemente estaba en un estado de superioridad patente y tenía muy pocas probabilidades de correr un riesgo inútil.

Cuando Pierre se desplomó finalmente, Yvonne no pudo evitar

un suspiro de satisfacción. También ella, arrastrada por la incertidumbre de la batalla, había llegado a olvidar su suerte.

Yves se pasó el dorso de la mano por los ensangrentados labios, mirando a su enemigo, que yacía exánime en el suelo.

Fue entonces cuando el tabernero dijo:

—Cuídate bien, muchacho. Pierre no olvidará esto...

—Eso es lo que yo deseo.

El obeso se encogió de hombros:

—Es un consejo, Yves... Pase el tiempo que sea, Pierre procurará hacerte pagar la derrota de hoy.

Ahora fue el joven quien se encogió de hombros.

Después, volviéndose a la muchacha, preguntó :

—¿Vamos, señorita?

Ella asintió y él le dejó paso, siguiéndola hasta la salida.

Una vez fuera, Yvonne respiró glotonamente el aire de la mañana, pareciéndole imposible encontrarse fuera del ambiente de horror en el que había estado encerrada aquel tiempo que le pareció un siglo.

Caminaron en silencio durante un buen rato; luego, avergonzada por no haber dicho nada, se excusó:

—Perdone usted, pero no le he dado aún las gracias.

Él sonrió.

—No merece la pena —después—: ¿Cómo se le ocurrió entrar en un sitio así?

—Mi padre me dijo que buscase un nuevo piloto para nuestro barco.

—¿Y no pudo venir él mismo? ¿Es que no se dio cuenta de la especie de avispero al que enviaba a su hija?

—Papá no conoce nada... —dijo ella, comprendiendo perfectamente la extrañeza del joven—. Es un profesor, un sabio y ya sabe usted que esta clase de personas está completamente alejada de la vida. Yo misma, he de confesarlo, ignoraba completamente la clase de ambiente en el que iba a caer...

—Ha tenido suerte.

—Gracias a usted.

—No es eso. Siempre hubiese habido alguno que habría salido en su defensa... Pierre es una bestia.

—Ya me he dado cuenta de que ese hombre tiene muy poco de

humano. ¿Cómo es posible que existan seres así?

Él sonrió.

—Ya me doy cuenta de que, como su papá, y no se ofenda por lo que voy a decirle, está usted un poquito en las nubes.

—Puede ser.

Hubo un nuevo silencio.

Ella le contemplaba de soslayo, con una admiración sincera, maravillada de la fortaleza de aquel hombre y comprendiendo vagamente todos los horrorosos peligros que él debía haber atravesado en su vida.

Se atrevió al cabo de unos instantes.

—¿No es usted piloto?

—Sí.

—¿Y… no le convendría trabajar en nuestro barco?

La miró sonriente.

—Lo he pensado ya, pero no querría que creyese que lo que he hecho antes es una especie de coacción…

—¡No sea usted niño! Venga a ver el barco y verá si le conviene. La paga es buena y la clase de gente que navega con nosotros, excelente.

Cuando llegaron al puerto, él miró no sin admiración la línea atrevida y moderna de «Le Chercheur». Completamente pintado de blanco y desplazando unas 2.000 toneladas, poseía una línea bellísima y brillaba por todas partes, demostrando estar sometido a un cuidado constante y detallado.

Yves, que estaba acostumbrado a navegar en los sucios cargos, petroleros, carboneros y de otras mil clases, se maravilló, al penetrar en aquel buque, sorprendiéndose de su cuidada instalación, de su limpieza y orden interiores y de la gran cantidad de aparatos desconocidos e instalaciones especiales de que estaba dotado.

—¡Es precioso! —no pudo por menos de exclamar, una vez que volvieron nuevamente a. cubierta.

—¿Le gusta de verdad?

—Mucho.

—¿Entonces?

Él la miró y, por vez primera, notó ella un cierto rubor en las mejillas del joven.

—Me quedo —dijo.
Y se estrecharon la mano.

* * *

Estaban reunidos en el salón del barco.

El profesor hizo un gesto hacia su hija, quien acababa de entrar, requerida por su padre.

—Ésta es Yvonne, mi hija y colaboradora al mismo tiempo.

Tyrone no pudo evitar una sonrisa.

Había creído, al oír al profesor hablar de Yvonne, que ésta sería una de esas clásicas intelectuales, de cuerpo desgarbado y gafas de miope. Y se encontraba ante una hermosa y sana muchacha, como había visto pocas en su vida.

Me llamo Tyrone Carson, señorita Revard. Y éstos son mis compañeros —los fue señalando—: Fred Wall, Anthony Preston y nuestro amigo japonés, Isuko Tamari.

Todos ellos hicieron un gesto amistoso y el oriental una profunda reverencia.

—¿Son todos ustedes «hombres-ranas»?

—Sí, señorita Revard.

Ella se volvió a su padre.

—Con este equipo tan formidable, papá, puedes estar seguro del triunfo.

—Eso espero, hijita.

—La señorita tiene razón —intervino Carson—. Nosotros estamos dispuestos a hacer lo que sea. Y deseamos conocer ya sus inventos para bajar a esas profundidades de las que me habló.

—Mañana aparejaremos y nos dirigiremos hacia aguas españolas, a la altura de las islas Baleares. Allí haremos las primeras pruebas.

—¿Por qué allí?

—Por la claridad de las aguas y la excelente temperatura que reina… He elegido ese sitio porque nos será más fácil que en ningún otro comprobar el funcionamiento de mis batisferas.

—¿Las llama así?

—Sí. Es un nombre que en realidad fue creado por el profesor Piccard; pero las mías son individuales y con ciertos adelantos que

se aplican a su uso particular.

—Será interesante bajar a quinientos metros —dijo Tyrone—. Nunca lo hemos logrado.

—Es natural —repuso el profesor—. Para ustedes será una novedad verdaderamente interesante.

Su mente trabajaba febrilmente... ¿No habían fracasado mil veces, en la busca de los escondidos tesoros que guardaba el fondo del mar? Siempre había sido por el mismo, motivo: no poder llegar a la profundidad deseada, ahogarse, bajo la enorme presión que reinaba allá abajo.

Pero ahora, si aquel viejo loco decía la verdad y gracias a su aparato, podían hacerse inmersiones tan maravillosas... ¡todo caería bajo las manos de Tyrone y los suyos, aunque hubiese de robar los equipos al sabio!

CAPÍTULO III



E CHERCHEUR» había dejado muy atrás el Canal de Suez y avanzaba ahora, costeando África, hacia la isla de Madagascar, punto en el que su tripulación debía prepararse para iniciar los trabajos en el Estrecho de Mozambique.

El buque llegó a Tananarivo y el profesor dio unos días de libertad a la mayoría de la tripulación, reuniendo a los hombres-ranas en su salón, la misma noche de la llegada.

—Señores, creo que estarán plenamente convencidos de la

buena marcha de mis batisferas...

¡Claro que estaban satisfechos!

Tyrone había sido el primero en probarla, molestándole solamente el tenerse que clavar aquellas finas agujas en las arterias de las muñecas; pero luego, una vez en el fondo, cuando se dio cuenta que la oxigenación que le llegaba por los tubos respiratorios era insuficiente y que su pecho, expuesto a la formidable presión, no hubiera podido resistirla, se percató de la importancia del descubrimiento del profesor.

En efecto, seguro de que los músculos torácicos eran incapaces de realizar sus movimientos normales a una presión tan enorme, el profesor había llegado a la conclusión de que sólo haciendo, llegar el oxígeno directamente a las arterias, sin que éstas tuviesen que cogerlo de los pulmones, sería la única manera de evitar la asfixia, dejando al aparato respiratorio superior una labor puramente secundaria, lo suficiente para evitar que el sujeto —acostumbrado a respirar por la boca— no sintiese la alarma de una «asfixia psicológica».

La aguja que se clavaba en la arteria de la muñeca era doble, en realidad; una de ellas encargada de llevar e! oxígeno y otra de recoger el anhídrido carbónico que los glóbulos rojos expulsaban. La aguja número uno penetraba directamente en una arteria; la número dos estaba clavada en una vena.

El problema verdaderamente difícil había sido encontrar la fórmula del oxígeno «arterial», ya que el pulmón realizaba una función que no se podía llevar a cabo en los vasos sanguíneos: ése había sido el triunfo de Revard, así como el logro de poder retirar de la sangre venosa el anhídrido carbónico en la forma molecular en que se encontraba.

¡Claro que Carson estaba contento!

Comprendía, apenas, el funcionamiento científico de aquella maravilla, dándose cuenta, no obstante, de que el aparato del profesor lograba hacer desaparecer un viejo peligro para los que tenían que descender a los fondos marinos: la superpresión.

—En mi batisfera —explicaba Revard en aquellos momentos—, se ha solucionado el viejo problema de las dificultades respiratorias. Todos ustedes se darán cuenta de que los fracasos de los buzos y después de los hombres-ranas se deben a la

imposibilidad de los músculos torácicos, los llamados respiratorios, a los que les era imposible vencer la presión del medio ambiente líquido. Los habitantes marinos solucionan ese problema haciendo que su aparato respiratorio esté bañado por el agua y, por ende, sometido a una igual presión en todas sus partes.

«Yo no podía lograr eso, ni muchísimo menos, pero lo que pensé fue en la importancia de quitar a los pulmones y al tórax en general el papel primordial de la respiración debajo del agua. ¿Qué es lo que necesitan los tejidos?

¿Oxígeno? Yo podía procurárselo directamente, sin necesidad de que pasase por los pulmones. Lo difícil era regular la cantidad y la presión, de manera a que fuese sensiblemente igual a la del medio ambiente normal. Así, naturalmente, evitábamos trastornos en los centros hematopoyéticos.

Siguieron charlando y discutiendo, ya que Emile Revard deseaba que aquellos hombres conociesen las posibilidades de su aparato, de manera a borrar de sus mentes los temores que todo hombre tiene a adentrarse en profundidades demasiado intensas.

—Yo creo —dijo finalmente Tyrone— que no necesita usted, profesor, fatigarse más para demostrarnos las excelencias de la batisfera de su invención. Todos estamos plenamente convencidos de ello, ya que la hemos probado, a general satisfacción.

El profesor sonrió complacido.

—Les agradezco infinito, señores, esa confianza que desde el principio me han demostrado.

Carson encendió otro cigarrillo.

—Lo que desearíamos saber ahora, señor, es la clase de «pesca» que usted desea que realicemos.

—Comprendo su curiosidad, señor Carson —repuso el hombre de ciencia—, y voy a satisfacerla. Hace años ya que los ictiólogos han encontrado ejemplares de un curioso animal, el Coelacantus, un pez, cuya aparición en la Tierra se precisa en una fecha de hace unos sesenta millones de años...

Wall emitió un silbido, expresando así su admiración.

—Este animal, un pez que habita las profundidades marinas, es un ejemplar que ha dado mucho trabajo a los hombres de ciencia, ya que sus aletas anteriores ofrecen una curiosa disposición que parece ser un signo de evolución hacia patas marchadoras.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que el Coelacantus era un vertebrado marino que se disponía a invadir el suelo firme, a salir del agua.

—¿Lo logró?

—Evidentemente, pero lo curioso es que él, que no era más que una mera transición entre los vertebrados marinos y los terrestres, quedó como para demostrarnos su puesto en una evolución indiscutible. Ese animal, descubierto casualmente hace tiempo, ha desaparecido de la zona en donde era afanosamente buscado. Por eso estamos aquí, señores: yo tengo, más que la sospecha, la seguridad de que encontraremos magníficos ejemplares en estas aguas.

«Pero no es eso sólo: la falta de medios adecuados hizo que los pocos ejemplares de ese habitante del Carbonífero muriesen, apenas ser pescados, a pesar de todas las precauciones que se domaron. La presión externa, la luz y otras muchas cosas hicieron inútiles todos los cuidados.

«Por mi parte y después de muchos estudios, he conseguido un «hábitat» para ese animal. Ustedes ya han tenido ocasión de visitar los acuarios de que está provisto el barco, pero no conocen uno de ellos, encerrado en una especie de enorme caja fuerte, y que reúne todas las condiciones que el Coelacantus necesita para vivir.

«Si conseguimos capturar algunos ejemplares y mantenerlos vivos, conseguiremos un triunfo enorme, ya que podremos estudiar muchísimas cosas que la muerte de esos delicados animales no permitió hacer hasta ahora.

—¿Y eso tiene muchísima importancia para usted? —no pudo por menos de preguntar Preston, con una expresión de incredulidad.

—Sí. Es lo más importante que existe para mí. He dedicado toda mi vida a esta clase de estudios y no he medido ni esfuerzo ni dinero.

Los hombres-ranas se miraron y Carson resumió lo que todos ellos pensaban encogiéndose de hombros.

* * *

—¿Está usted contento, Yves?

El joven se sobresaltó ligeramente, ya que estaba completamente absorto en la contemplación y estudio de las cartas marinas de aquella zona de Mozambique.

Levantó la cabeza sonriendo.

—¿Decía usted, señorita?

—Le preguntaba, simplemente, si estaba contento.

—¿Por qué no había de estarlo?

Ella se acercó a mirar los mapas marinos.

—¿Qué está usted haciendo, Gautier?

—Su padre me ha encargado que estudie los fondos del estrecho. He de trazar una ruta, con los datos que él me ha dado.

—Quizás esta clase de viaje no le guste.

—Sí, me gusta. Y para serle franco, señorita Revard, me hubiese encantado formar parte del equipo de submarinistas.

—¿Se refiere a los hombres-ranas?

—Sí.

—Pero usted...

Él la miró, sonriendo tristemente.

—Ya veo lo que quiere decirme: que jamás he hecho ese trabajo. Se equivoca, señorita...

—¿Lo ha hecho? —se interesó ella.

—Sí y no.

—No entiendo.

—He viajado mucho y tuve que hacer un poco de todo... Después de la Segunda Guerra Mundial estuve en el Pacífico... pescando perlas.

—¡Qué interesante!

—A medias. Verdad es que los pescadores ya no trabajan como antes, sobre todo después del perfeccionamiento de los equipos de inmersión; pero, de todos modos, aquellos aparatos no tienen nada que ver con las batisferas del profesor.

Y después de una pausa exclamó:

—¡Si aquellos muchachos tuviesen esos aparatos! Imagínese que muchas veces hemos tenido que trabajar con los desechos que podíamos comprar en los mercados europeos: equipos en mal estado y que habían sido mal conservados después de la guerra. Era un trabajo difícil y arriesgado, en nada comparable a la labor cómoda de los hombres-ranas que su padre ha empleado ahora.

Ella encendió un cigarrillo.

—¿Qué impresión le producen, Yves?

—¿Quién?

—El señor Carson y los otros.

—Apenas si he hablado con ellos.

Yvonne entornó los ojos.

—No sé; quizá sea por mi manera de ser; pero, francamente, no acaban de gustarme.

—Son hombres que están acostumbrados a esa clase de trabajo y que serán de gran utilidad al profesor.

—No lo pongo en duda, pero eso no quiere decir que me sean simpáticos.

Él sonrió.

—No debe dejarse llevar por las primeras impresiones, señorita.

—Puede que tenga usted razón.

La llegada del profesor, que se acercó a ellos, derivó naturalmente la conversación.

—¡Hola, pequeña!

—¡Buenos días, papá!

La besó con la pasión que ponía en todos sus actos.

—Buenos días, Gautier.

—Buenos días, profesor. Ya estoy terminando lo que me encargó.

—Formidable.

El sabio se acercó a la mesa sobre la que el joven trabajaba, echando una ojeada al mapa, cuyos colores y curvas delimitaban las profundidades.

—Esta zona —dijo Revard, después de unos instantes de silencio —será la primera que visitaremos.

—¿No estaba por aquí, según los tratados antiguos —inquirió el joven—, la fantástica Lemuria?

El profesor levantó la cabeza, mirando a Yves con curiosidad, no exenta de un cierto asombro.

—¿Dónde aprendió eso, muchacho? —preguntó el sabio.

—Lo leí en un libro: hablaba de un continente que debió de existir por aquí. Algo semejante a la Atlántida, de la que ya hablaba Platón.

—Creí que no era usted más que un marino... —dijo el anciano.

—Estudié un poco... Mi deseo —añadió, bajando la cabeza— hubiese sido el de dedicarme a la Biología. Un primo mío, profesor en la Universidad de Lyon, Ferdinand Gautier...

El profesor le interrumpió.

—¿Cómo? ¿Usted es pariente del Gautier de Lyon?

—Sí. Era hijo de una hermana de mi padre.

—¡Caramba! —Luego, con un tono de pesadumbre—: Conocí y admiré a ese muchacho, que tuvo la mala suerte de morir durante la guerra...

—Ya lo sé. Estábamos en el mismo regimiento.

—Era un joven muy inteligente y mantuvimos correspondencia científica durante algún tiempo. ¿Llegó a conocer su laboratorio?

Yves se sonrojó.

—Trabajé en él durante dos años.

—¡Qué casualidad! —Y volviéndose a su hija—: Tuviste un gran acierto al encontrarnos un piloto que, como Yves, es casi un biólogo, pequeña.

Ella sonrió complacida.

No había contado, siguiendo las instrucciones del joven, lo sucedido en aquella infecta tabernucha de Marsella.

Ahora, al haber descubierto una nueva e inédita faceta del joven, lo miraba desde un punto de vista completamente distinto. Hasta entonces lo había admirado por su valor, su lealtad y su educación esmerada; pero ahora lo estaba contemplando como si acabase de conocer un nuevo Yves Gautier. Francamente, aquello no le desagradaba.

—Quizá tenga que alejarle un poco del mando —decía el profesor— para que me eche una mano cuando empecemos a recoger la fauna marina.

—Estaré encantado de poder serle útil, señor, pero...

Revard levantó nuevamente la cabeza.

—¿Hay algo que va mal, Yves?

—No, señor. Justamente estaba hablando de ello con la señorita Yvonne. ¡Me hubiese gustado tanto poder sumergirme! Lo he hecho en el Pacífico y por eso...

—¿Se cree capaz de hacer lo que los otros?

—Creo que sí, profesor.

—Bien. Le enviaremos al fondo en la primera ocasión... No crea

que no deja de agradarme. Con toda franqueza, temo que estos hombres, que en su profesión son formidables, no tengan el cuidado que se ha de tener para capturar ejemplares cuyo valor es ciertamente incalculable. Les he explicado con todo detalle la atención que han de poner en esta delicada labor, en la que un gesto brusco puede malograr todos nuestros esfuerzos. Desde luego espero que nada desagradable ocurrirá.

—¿Es difícil esa clase de pesca, señor?.

—No es la dificultad la que importa, Gautier, sino las especiales características de la presa. Unas campánulas especiales servirán como «jaulas» para encerrar los ejemplares que logremos capturar, pero hay que manejarlas con sumo cuidado. Son completamente opacas y están especialmente refrigeradas para conservar las condiciones de vida de esa fauna. De todos modos, tiemblo ante la posibilidad de que, por un apresuramiento o una falsa maniobra, pueda desgraciarse uno de esos valiosos ejemplares.

Hizo una pausa.

—Por eso me parece bien que usted los ayude y vigile, al principio por lo menos.

—¿No cree que les molestará?

—No. Además, no ha de preocuparse: les diré que necesito un hombre más. No, ni dirán nada.

Y el profesor se alejó, después de sonreír al joven.

Yvonne se quedó allí junto al piloto, sonriendo como lo había hecho su padre.

—¡ Vaya sorpresa que me he llevado! —exclamó, lanzando a Yves una mirada de cordial reproche.

—¿Sorpresa?

—¡Naturalmente! ¿Quién iba a imaginar que el hombre que me defendió en aquella infecta taberna iba a resultar casi un biólogo?

—No se burle, señorita.

—No es esa mi intención, Yves. Con toda franqueza, creí que era usted un excelente muchacho, pero en el fondo un rudo e ignorante marinero como la mayoría que he conocido.

—No me crea una lumbrera.

—Eso importa poco. Lo interesante es que ha estudiado y que ama la Biología, justamente de lo que aquí se va a tratar.

—Eso fue una de las cosas que me empujó a aceptar el puesto

que usted me ofreció.

Ella estuvo a punto de preguntarte: «¿sólo eso?», pero se abstuvo, ya que tuvo la impresión de que iba a mostrarse excesivamente indiscreta.

—Se ha salido usted con la suya, Yves.

—¿Por qué?

—Porque ha logrado formar parte del equipo de los hombres-ranas.

—Estoy contento.

—¿Tendrá cuidado?

Él sonrió.

—No tema. El mar me conoce. Y no por afición, sino porque somos viejos amigos.

—No le he dicho que tuviese cuidado con el mar, sino con los hombres.

—Creo que exagera, señorita. Ya le dije antes que esos hombres trabajan exclusivamente por el dinero y que lo que desean es terminar cuanto antes la jornada para irse a jugar o beber.

—Es posible.

Yves miró a la muchacha, notando que la expresión de ésta se había ensombrecido.

—¿Qué le ocurre?

Ella bajó los ojos, pero no dijo nada.

—Creí que tenía confianza en mí —dijo él—, pero me doy cuenta de que me hacía ilusiones.

Ella posó una de sus manos sobre la del joven, que sostenía el compás.

—No hablaba de esos hombres por intuición solamente, Yves. Su capitán, Carson, se está poniendo un poco pesado conmigo.

—¿Ese imbécil?

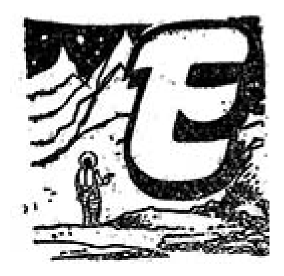
—Yo no me atrevo a calificarle así, pero no he dicho nada a mi padre para no causarle preocupaciones inútiles. Yo sabré defenderme...

Yves apretó los puños.

Se había soltado de la mano de la muchacha y no dijo nada, pero el brillo de sus ojos volvió a recordar a Yvonne el hombre que había salido en su defensa aquel día, cuando Pierre, «le Costaud», avanzaba hacia ella.

Y tuvo miedo.

CAPÍTULO IV



L color del agua, que unos metros más arriba era aún ambarino, estaba empezando a ennegrecerse rápidamente.

El fondo era como una sima horrible.

Nadando junto a los otros, Yves experimentaba una sensación intensa, ya que jamás había estado a la profundidad que se encontraba ahora. La presión, en ambas muñecas, de las cintas de plástico que envolvían las agujas había, disminuido positivamente y no causaba ya molestia alguna; por otra parte, siendo las agujas de un material flexible y casi microscópicas, no podían arañar el interior del vaso donde estaban hundidas.

La batisfera rodeaba totalmente la cabeza de los hombres-rana y los aparatos respiratorios que llevaban a la cintura no pesaban casi nada. Todo había sido hecho para facilitarles la labor y que pudiesen moverse con bastante soltura.

A medida que iban hundiéndose en las profundidades abisales, las bandadas de peces, que los habían contemplado asustados durante el descenso, empezaban a escasear o se hacían invisibles.

Un poco más abajo, Carson encendió su reflector e inmediatamente fue imitado por los otros.

La luz de los focos que pendían del pecho era verdosa y había

sido así elegida por el profesor de manera a no producir deslumbramientos peligrosos en la delicada fauna abisal.

La negrura se desgarró y los objetos, iluminados por los reflectores individuales, cobraron un aspecto fantástico.

La voz de Carson, dirigiéndose a Yves, sonó claramente en los auriculares de todos ellos:

—¿Falta mucho para el fondo?—inquirió.

Gautier, que había estudiado detalladamente los mapas, repuso:

—Medio centenar de metros.

—Nunca habíamos bajado a tanta profundidad.

—¿Siente usted alguna molestia?—inquirió el joven, con toda la buena fe del mundo.

Pero el otro debió entenderlo de otro modo.

—¿Qué quiere usted decir? ¿No sabe que todos nosotros hemos pasado miles de horas bajo el agua? ¿O se cree que se ha convertido ya en un perfecto hombre-rana?

—Lo preguntaba solamente por saber si los aparatos iban bien.

Intervino Fred Wall, con su voz desagradable:

—No debe preocuparse por nosotros, muchacho.

Yves se dio cuenta de que no podía contar con la simpatía de aquellos hombres que, indudablemente, se hubieran encontrado más a gusto de estar completamente solos. La radio que cada uno llevaba, teniendo forzosamente que sonar en todos los auriculares, no les permitía hablar entre sí, sin que Yves oyese lo que dijesen.

Pero Gautier no se preocupaba por aquella frialdad del trato. No había olvidado las palabras de Yvonne y se prometía parar los pies a Carson, haciéndole ver claramente que debía guardarse sus aficiones donjuanescas para otras ocasiones.

¿Tanto le interesaba a él la muchacha?

Sonrió.

Por el momento —se dijo con sinceridad—, no experimentaba más que una simpatía sincera hacia ella. Además, ningún derecho le asistía para que se hiciese ilusión alguna. Él, como todos los demás, no era más que un empleado a bordo de «Le Chercheur»: nada más que eso.

Descendían lentamente y aún tardaron cerca de diez minutos en sentir el blando suelo del fondo bajo sus pies.

Inmediatamente se reunieron.

—Aquí debemos separarnos —dijo Tyrone con voz autoritaria —. Tenemos una hora para buscar peces de esos… Dentro de ese tiempo volveremos a reunirnos nuevamente. ¡Buena suerte!

Se separaron.

Sobre sus cabezas, flotando por encima de ellos, las campánulas les seguían mansamente. Cada uno de ellos llevaba una, atada por un fino pero sólido cable al cinturón. Eran las «jaulas» donde habían de encerrar sus presas.

También llevaban en la mano un extraño y pequeño fusil, dotado de un dispositivo que contenía un potente narcótico en el que flotaban agujas que serían lanzadas contra los peces en cuanto llegase el momento. La acción del anestésico eran tan rápida —ya lo habían probado muchas veces—, que el animal tardaba breves minutos en dormirse completamente, siendo entonces su captura de una facilidad extraordinaria.

En el salón del barco, el profesor había proyectado fotografías de los ejemplares que le interesaban y todos ellos conocían perfectamente el aspecto de las presas que habían de capturar.

Yves se alejó, hacia el sitio que Carson le había señalado. Estaba casi completamente seguro de que los otros no irían solos y que aprovecharían su ausencia para hablar entre ellos, ya que el alcance de la radio individual era limitado y no llegaba a más de doscientos metros.

«¿Qué podía importarle?

Después de todo, empezaba a creer que Yvonne tenía más razón que la que ella misma creía poseer. Ninguno de los hombres del equipo de Tyrone era agradable y el jefe menos que cualquiera de ellos.

Penetró por una especie de estrecho desfiladero submarino, cuajado de una vegetación extraña y multicolor que, no obstante, ofrecía un aspecto unido bajo la monocromática luz del foco.

La belleza del paraje era sencillamente maravillosa.

Algas y pólipos de formas extrañas y fantásticas cubrían las paredes del desfiladero, repleto de oquedades de las que salían o en las que entraban peces de formas que el joven no había visto jamás.

Pero entre ellos no había ninguno que se pareciese a los que anclaban buscando.

Yves prosiguió su avance, experimentando la clara sensación de

que el camino que seguía descendía fuertemente hacia el fondo. La vegetación fue tornándose más rara y fantástica, hasta que llegó a una especie de círculo —un circo rocoso de indudable origen volcánico— cerrado por todas las partes, excepto por el camino por el que él acababa de llegar.

Los peces escaseaban.

—He debido escoger el camino más malo —se dijo, en voz alta, que resonó extrañamente en el interior de la batisfera.

A pesar de tener casi la completa seguridad de que allí no encontraría ningún ejemplar de los que el profesor deseaba, dio una vuelta, pasando junto a los muros, cortados a pico, que se elevaban hacia la altura como paredes impresionantes, que brillaban bajo la luz verde que brotaba del reflector.

Entonces lo vio.

En realidad, la luz iluminó el extremo del esqueleto, que terminaba en una amplia aleta caudal. Movido por la curiosidad, se acercó y vio que el resto del esqueleto yacía en el interior de una especie de minúscula cueva bajo el muro del circo.

Debía pertenecer a un pez bastante grande al parecer.

Pera de repente sintió un frío en la espalda y, de haber podido hacerlo, de no llevar la batisfera, se hubiese frotado los ojos para alejar aquella imagen, que no podía ser más que una broma que le estaba gastando su imaginación.

Volvió a mirar «aquello» detalladamente.

Se arrodilló y observó la aleta caudal y el final de una columna vertebral extraña, con vértebras gruesas y distintas a todas las que en los peces había visto nunca.

Pero la «diferencia» no residía solamente allí.

La columna vertebral se ensanchaba bruscamente formando dos huesos y, más arriba, a la altura del tórax, el tejido óseo de las vértebras se prolongaba hacia adelante, encerrando una cavidad en todo semejante a la que, en el cuerpo humano, forman las costillas.

¡Un cráneo humano!

No podía ser posible.

La casualidad debía haber dispuesto aquel conjunto de huesos caprichosamente y era más que posible que la mitad superior de aquel esqueleto hubiese pertenecido a un hombre y el resto a un pez. Las aguas, arrastrando aquellas osamentas tan dispares, debía

por puro azar haberlas dispuesto de aquella fantástica manera.

Una pura casualidad.

Iba Yves a sonreír, convencido de que la naturaleza le había gastado una broma estupenda, cuando su mano derecha —había dejado el fusil al lado— recorrió aquella columna vertebral, por su parte inferior, percatándose de que no había solución alguna de continuidad entre las dos partes.

Las vértebras estaban perfectamente soldadas las unas a las otras y no podía caber la menor duda de la unidad e integridad de aquel alucinante esqueleto.

Miró con aprensión el cráneo, comprobando que era completamente humano. Las cuencas debían haber albergado ojos humanos y el cráneo contenido un cerebro capaz de pensar…

—¡No puede ser!

Era demasiado extraño para ser verdad. Porque aquellos restos, que la imaginación de Yves estaba cubriendo de carne correspondía sin ninguna duda al de… ¡Una sirena!

Sonrió nuevamente.

Las imágenes de los libros leídos desfilaron rápidamente por su cerebro. Y vio a Ulises, obligando a sus hombres a que le atasen al mástil para no caer en el cepo atractivo que las sirenas, con sus cantos maravillosos, intentaban tenderle.

Se había hablado mucho, después de aquella leyenda griega, de tales personajes mitológicos y durante la Edad Media, la Era de la Credulidad, muchos fueron los marinos que, además de la hidra y la serpiente de mar, afirmaron haber visto sirenas, cuando en realidad no vieron más que morsas y focas, envueltas en las brumas de los mares árticos.

Su imaginación había hecho el resto.

¿Su imaginación?

¿Qué significaba entonces el esqueleto que Yves tenía ante sus ojos y que sus manos podían tocar? ¿Una alucinación producida, posiblemente, por la alteración sensorial y psíquica que la profundidad le producía?

El aparato del profesor era lo bastante perfecto para que no experimentase ninguno de aquellos trastornos. Y lo que estaba viendo no podía corresponder más que a una realidad indudable.

Gautier, a pesar de su natural extrañeza, no era de los que se

dejaban poseer por una duda metódica. Así, deseando escapar de aquella turbia situación, se dijo que no había más que una manera de aclarar las cosas: llevarse el esqueleto y exponerlo a la autoridad científica del profesor.

Tirando del cable que sobre su cabeza sujetaba la campánula, la atrajo hacia sí, anclándola en las cercanías. Abrió la puerta circular y volvió junto al esqueleto, que levantó con sumo cuidado.

Pero la integridad de aquella osamenta que seguramente habían limpiado y mondado los peces ávidos de alimento era aún buena y no se cayó ningún trozo cuando el joven lo llevó hasta la campánula.

Lo colocó cuidadosamente en el interior de la misma.

Normalmente, la campánula, dotada de un generador de oxígeno que la propulsaba hacia la superficie, había sido hecha de manera a que subiese sola, siendo luego recogida por el personal del buque; pero Yves no deseaba separarse de ella por nada del mundo y optó por dejarse arrastrar hasta la superficie. Por otra parte, no le preocupaba encontrarse con los otros, ya que el profesor podía comunicárselo desde el buque, que poseía una instalación de radio capaz de entrar en contacto con los hombres sumergidos, pero no pudiendo recibir ningún mensaje de éstos, ya que sus emisoras eran de poder limitado.

Puesto en marcha el mecanismo de la campánula, un chorro de oxígeno salió bruscamente de los tubos y el aparato arrastró fácilmente al joven, que tardó menos de tres minutos en llegar a la superficie.

Con la batisfera del profesor Revard, los peligros de la descompresión brusca no existían y, por lo tanto, Yves no experimentó molestia alguna al salir a la superficie de las aguas.

«Le Chercheur» estaba a unos cien metros del lugar donde él había emergido.

Nadando velozmente y arrastrando ahora la campánula tras él, Yves no tardó en acercarse a la lancha que, junto al buque, estaba dispuesta para ir en busca de las campánulas que fueran surgiendo. Los hombres que había en la barca le saludaron.

Una vez librado de la batisfera, Gautier respiró glotonamente el aire puro. Y volviéndose a los marinos recomendó:

—Subid eso con mucho cuidado. Yo voy a ver al profesor.

Momentos después entraba en la sala de mando; donde Emile y su hija estaban consultando unos datos sobre los mapas.

—;Cómo? ¿Ya está usted aquí?

—Sí, profesor. ¿Tendrá la amabilidad de comunicar a los otros que ya he llegado?

—Ve a hacerlo tú, pequeña.

Ella salió y Gautier se dejó caer en uno de los sillones.

—¿Ha encontrado algo, Yves? —inquirió el sabio, que no podía dominar su impaciencia.

—Sí, profesor. Pero no se trata de ningún pez.

—¿Eh?

Yves sonrió.

—Ya sé que mis palabras le defraudan, señor; pero estoy seguro de que cuando vea la clase de objeto que le traigo, olvidará todo lo demás.

El sabio frunció el entrecejo, pareciendo comprender.

—Si se trata de alguna riqueza, de las que abundan en el fondo del mar, le daré mi enhorabuena ...y su parte correspondiente; pero no espere, muchacho, que me alegre como si me hubiese traído un ejemplar de...

—No se trata de ninguna riqueza, señor, aunque nunca se deben despreciar esas cosas.

—¿De qué se trata?

—Creo que ya estará la campánula a bordo, señor. ¿Por qué no vamos a verlo? Yo no podría explicárselo bien...

Salieron, uniéndoseles Yvonne, que volvía entonces de comunicar a Carson el regreso de Gautier.

—¿Ha traído un Coelacantus, Yves?

Intervino el sabio:

—Nuestro piloto es amante de los misterios. Dice haber encontrado una cosa más interesante. Vamos a ver.

La campánula estaba ya en la cubierta de popa.

Yves la abrió y sacó con sumo cuidado el esqueleto que, ante el asombro general, colocó en el suelo, a los pies del profesor, como la más extraña ofrenda que éste hubiese recibido jamás.

Emile Revard abrió desmesuradamente los ojos, dejándose caer después de rodillas, junto a la osamenta, que sus manos recorrieron cuidadosamente, como había hecho Yves en el fondo del mar,

palpando las vértebras, las costillas, el apéndice caudal y el cráneo,

Durante un buen rato, nadie osó romper el profundo silencio que se había hecho. Tan sólo las olas, al batir los flancos del buque, lo mecían blandamente.

—¡Es fabuloso!

Se levantó, mirando agradecido a Yves.

—Tenía usted razón, muchacho... ¡Esto es una verdadera revelación!

Y dirigiéndose a dos de los marinos de los que habían izado la campánula dijo:

—Llevadlo con sumo cuidado al laboratorio.

Siguieron a los marinos y cuando éstos, después de dejar el esqueleto sobre la mesa de ensayos, hubieron salido, Yves se atrevió a decir:

—¿De qué se cree usted que se trata, señor?

Emile tardó en contestar.

—¡Es fantástico! —exclamó; después, con voz velada por la emoción —: ¿Se imaginan lo que va a provocar este esqueleto? Su anatomía, excepto en la parte inferior, es humana, no hay duda, aunque existen algunas pequeñas diferencias en cuanto a la distribución de los cartílagos costales.

—¿No son costillas humanas, papá?

—Sí, pequeña. Pero, si las observas detalladamente, verás que estos tres pares están incurvados, delimitando una especie de doble abertura... ¡Lástima, que solamente hayamos encontrado un esqueleto!

—Parece el de una fabulosa y mitológica sirena!

—En efecto, amigo Yves —repuso el profesor—; pero me veo obligado a echar esa teoría por tierra, por lo menos en lo que atañe a este ejemplar.

— ¿Qué quiere usted decir?

—Que por las dimensiones de la cavidad pélvica y otros detalles del esqueleto, éstos son los restos de un varón.

Los dos jóvenes se miraron.

Revard seguía observando, palpando, como si no midiese dar crédito a sus ojos.

—Nos encontramos —dijo al fin— ante un misterio ciertamente alucinante. —Y volviéndose hacia el joven—: Recuerdo que usted

habló de Lemuria, ¿no fue así, Yves?

—Sí, señor.

—Es imposible que este ejemplar pertenezca a un Lemúrico, ya que estos seres, si realmente existieron, fueron idénticos a nosotros. ¿Será posible que Ulises viera la verdad? —preguntó por último.

—También pensé yo en él, señor, cuando estaba en el fondo del mar.

—Si los Sirénidos no son solamente una familia de mamíferos acuáticos, ¿ante qué pavoroso misterio nos encontramos?

Fue entonces cuando Wall, Preston y Tamari, el japonés, entraron en tromba en el laboratorio.

—¡Carson ha desaparecido! ¡Tenemos que hacer algo para encontrarle!

CAPÍTULO V



PROVECHÓ Tyrone la ausencia de Yves y cuando éste estuvo lo suficientemente alejado para que no oyese nada, dijo:

—Bueno, ya sabéis cuál es el objetivo verdadero de nuestra inmersión. Si encontramos alguno de esos Coelacantus, bien; pero lo que debemos buscar son cofres llenos de monedas de oro o de piedras preciosas. Nunca se nos carecerá una ocasión tan estupenda corno ésta.

—¿Crees que encontraremos algo? —inquino Wall, con un tono de duda en la voz.

de duda en la voz.

—Es más que seguro. Esta fue la ruta, en otros tiempos, de muchos barcos piratas que iban a refugiarse en Madagascar; además, los caminos de oriente pasaban todos por aquí, ya que no existía el Canal de Suez y los barcos que iban a la India, a Persia y a Arabia, debían detenerse en estos lugares. Os digo que encontraremos lo que andamos buscando.

—¿Qué haremos con ello… si hallamos alguna cosa?

—Dejarlo en un sitio convenido. No podernos llevarlo a bordo, ya que el profesor lo consideraría como presa y no nos daría más que el porcentaje fijado en estos casos. Más tarde, cuando convenga, podemos volver a buscarlo.

Y adivinando lo que pensaban los otros tranquilizó:

—No tenéis que preocuparos. Ya sabéis que estos estupendos equipos serán nuestros, cueste lo que cueste. Hemos tenido muchísima suerte y no la desaprovecharemos.

—Así todo irá bien —replicó Preston.

—¿Y ese Yves?

Carson se volvió hacia Tamari, que era el que había hablado, sorprendiéndose de que lo hubiese hecho, ya que solía escuchar la mayor parte de las veces sin despegar los labios.

—¿Temes algo, Isuko?

—Es un hombre extraño… y nada tonto.

—¿Qué quieres decir?

—Que por algo ha venido con nosotros. Yo creo que quiere ganarse la confianza del profesor, puesto que ya tiene la de su hija.

Carson se mordió los labios.

—¡Eso no es verdad!

El japonés esbozó una sonrisa que, naturalmente, nadie vio.

—Yo he oído muchas cosas. Ellos no me vieron, pero yo escuché atentamente. La muchacha está enamorada de Yves… y eso puede ser muy peligroso para nosotros, ya que ese muchacho no es, ni mucho menos, el profesor, a quien se puede engañar fácilmente.

Carson se dominó como pudo.

—Está bien. Ya estudiaré algo para impedir que ese imbécil se salga con la suya… Ahora vamos a empezar a trabajar. Ya sabéis: abrid bien los ojos y buscad por todas partes. Dentro de una hora estaremos aquí para cambiar impresiones antes de volver a la superficie.

Se separaron y Tyrone cogió un camino alfombrado de algas.

Estaba furioso.

Las revelaciones del japonés lo habían puesto fuera de sí, ya que uno de sus planes, un tanto ambicioso aún, era el de acabar siendo el dueño del «Chercheur», con el que podría organizar la más formidable búsqueda de tesoros que se hubiera hecho jamás.

De momento, el dinero del profesor, su barco y sus maravillosos equipos submarinos. Y la única manera de lograrlo todo era convirtiéndose en su yerno, cosa que no le desagradaba en forma alguna.

Carson, acostumbrado al trato con mujeres de una cierta clase, se había sorprendido al tropezarse con Yvonne, a la que no podía encuadrar en ninguna de las cínicas categorías en que había dividido a las mujeres, en general.

Ella era distinta a todas las demás y poseía una personalidad que Tyrone no hubiese creído que existiese jamás en una mujer.

Debía lograr que fuese suya, aunque para ello tuviera que hacer que Yves durmiese el último sueño en el fondo del mar.

Acababa de llegar junto al borde de un abismo marino y estaba dispuesto a volver sobre sus pasos cuando descubrió una especie de escalera, tallada en la roca y cuya construcción no podían disfrazar completamente las algas y conchas que la cubrían casi por completo.

¿Una escalera en el fondo del mar?

La examinó, no dando crédito a lo que estaba viendo; pero, después de arrodillarse y limpiar los bordes con el cuchillo, tuvo que convencerse de que los escalones no eran naturales y que aquello había sido hecho por la mano del hombre.

La escalera estaba parcialmente destruida en muchas de sus partes, pero conservaba su línea general, rompiendo la pendiente natural del resto del corte rocoso, que se precipitaba bruscamente hacia el fondo.

Carson no lo pensó mucho.

Descendió la escalera, moviéndose con cuidado y procurando seguir el curso, que muchas veces disfrazaba la verdura que se había posado sobre ella. Finalmente, después de contar pacientemente doscientos diez escalones, desembocó en una especie de amplio calvero.

Extrañas manchas lo rodeaban todo .y Car-son creyó, más de una vez, que se trataba de ruinas de viejos edificios; pero, evidentemente, todo aquello debía de ser obra de la casualidad o de la impresión que la escalera le había causado.

Atravesó aquella «plaza» acercándose al extremo opuesto, mirando cuanto le rodeaba con una extrañeza creciente, que fue convirtiéndose en aprensión.

No podía caber la menor duda de que lo que tenía delante eran los restos de un edificio. Todavía, a pesar del enmascaramiento que producían las algas y pólipos que se habían fijado a la pared, se veía el contorno de una puerta sin arco y de algunas ventanas.

¿Estaría soñando?

Si aquello era una ciudad sumergida, ¿qué tesoros no podrían encontrarse entre sus ruinas?

La idea de la riqueza se sobrepuso al temor natural de que le había invadido. Por eso, desoyendo la voz de su sentido común, se acercó a una de las puertas, abriéndose paso, con el cuchillo, hasta que logró penetrar en el interior.

La luz verdosa de su proyector ponía notas fantásticas en los detalles que le rodeaban; pero, en aquel momento, Carson no tenía más que una idea en el cerebro: la de encontrar las fabulosas fortunas que debían haber desaparecido, bajo el mar, como los habitantes de aquella fantasmagórica ciudad sumergida.

El interior del edificio había sido hondamente mordido por el tiempo y el mar, pero seguía conservando, al menos, la distribución primitiva que le habían dado las manos humanas que lo construyeron: amplios salones, escalinatas magníficas, pasillos y corredores sin cuento…

Tyrone intentó orientarse en aquel dédalo de compartimentos. Su única idea era la de lograr pensar dónde podían los habitantes de aquella casa ocultar sus tesoros.

Y así, movido por la imprudencia, vio surgir repentinamente de la oscuridad que le rodeaba, unos brazos fuertes que le cogieron por todas partes, desposeyéndole en un santiamén del cuchillo y del fusil narcótico que llevaba.

El foco iluminó las siluetas de los que le acababan de atrapar y un escalofrío recorrió su espalda.

¡Eran mujeres, hermosas mujeres, cuya parte inferior del

cuerpo era una cola de pescado!

—¡Socorro! ¡A mí! —gritó, antes de ser arrastrado por aquellos extraños seres.

Pero tenía poca, poquísima esperanza, de que sus gritos llegasen hasta sus compañeros.

* * *

—¿Cómo saben que ha desaparecido? —inquirió el profesor.

—Puede haberse retrasado —opinó Yves.

El japonés denegó con la cabeza.

—Yo le oí perfectamente pedir auxilio. Debía estar cerca de mí, en el fondo de un foso en el que yo no quise penetrar. Busqué a los otros y nos acercamos al borde de aquella especie de acantilado... Seguro que debió caer al fondo.

—¡Pero podía nadar y no hacerse daño alguno!

—¿Y si le hubiese atacado algún animal?

—Es posible —dijo Emile —.Y tendremos que hacer algo para buscarle.

Se volvió a Yves.

—¿Quiere encargarse de esto, Gautier? Ya me gustaría a mi poder bajar con ustedes, pero soy demasiado viejo...

—No se preocupe...

—¿Me dejan ir a mí?

Todos se volvieron hacia Yvonne, pero sólo el rostro de Gautier se ensombreció.

—De ninguna manera, señorita. No es prudente. Si quiere bajar alguna otra vez, no le faltarán ocasiones.

Ella torció el gesto, pero terminó sonriendo.

—Tiene usted razón..

Después de hacer que el equipo de Carson se alimentase, así como él mismo, descendieron a la lancha, lanzándose al agua y penetrando en ella cada vez más profundamente.

No tardaron más de veinte minutos en hallarse al borde del abismo por el que, según afirmaba Tamari, había caído su jefe.

—Vamos a recorrer este borde —dijo Yves, pensando en la imposibilidad de «caer» por allí.

Minutos después descubría el nacimiento de la escalera.

—Carson ha bajado por aquí —dijo—. No me cabe la menor duda.

Todos ellos asintieron y empezaron a bajar los escalones, llegando a la amplia plaza, rodeada por las vagas e imprecisas siluetas de los «edificios».

—¡Esto es una ciudad sumergida! —exclamó Wall.

—Así parece.

Se habían detenido en el centro de aquella especie de amplia plaza y miraban, con los ojos abiertos, el sensacional descubrimiento que acababan de hacer.

Yves pensó en el esqueleto.

Indudablemente, habían tenido la fortuna de caer sobre algo verdaderamente importante; pero, a pesar de todo, el misterio seguía en pie.

Sin separarse —Gautier estaba cada vez más seguro de que el «misterio» era el culpable de la desaparición de Carson—, penetraron en el interior de las ruinas, que recorrieron en su totalidad.

No hallaron rastro de Tyrone, a pesar de la minuciosa búsqueda que efectuaron.

Después de una larga hora y temiendo que la falta de oxígeno pudiese cansarles serios e irreversibles trastornos, se vieron obligados a volver sobre sus pasos, subiendo a la superficie y regresando al barco.

Estaban cansados y deprimidos.

La estancia prolongada en el fondo del mar, con su temperatura glacial, les hizo pedir, nada más encontrarse en cubierta, unos «grogs» calientes, envolviéndose después en mantas.

Sólo Yves, bien abrigado, se dirigió al laboratorio, donde el profesor y su hija proseguían el estudio del esqueleto que el joven había hallado aquella mañana.

—¿Qué hay, Yves? —inquirió la muchacha.

—No le hemos encontrado.

El profesor levantó la cabeza de las notas que estaba estudiando y miró a Gautier.

—¿Qué puede haberle ocurrido?

—Lo ignoro, señor. Evidentemente, bajó al fondo de aquella sima, pero lo hizo por la escalera.

—¿Eh? ¿Qué está usted diciendo, muchacho?

—Que bajó por la escalera.

—¿De qué escalera está hablando?

Yves explicó detalladamente lo que habían visto.

Los ojos del profesor brillaban como ascuas y su expresión hacía patente la emoción que debía experimentar en aquellos momentos.

—¡Una ciudad sumergida! ¡Ahora sí que no hay duda!

—¿Duda de qué, papá? —inquirió Yvonne.

—¡De que se trata de Lemuria, hija mía!

—¿De... Lemuria?

—Sí. Todos los historiadores griegos situaban esta ciudad en los alrededores de Madagascar, que por entonces no debió de ser una isla, sino una península unida al continente africano por un istmo... ¡Lemuria! No puede haber duda de que bajo el actual estrecho de Mozambique se encuentran las ruinas de lo que debió de ser aquella fabulosa civilización lemur. Claro que eso no explica lo del esqueleto.

—¿A qué se refiere, profesor?

—He observado, amigo Gautier, los restos que usted ha encontrado en el fondo del mar. Y los resultados de mis observaciones me han dejado perplejo.

—¿Por qué?

—Porque este esqueleto perteneció a un ser que debió de morir hace menos de un año.

—¿Eh? ¿Está usted seguro de lo que dice?

—Completamente seguro, amigo mío. Todavía, a pesar de la destrucción marina y de los dientes de los peces, he encontrado restos de tejidos; por otro lado, los dientes me han demostrado que se trataba de un hombre de unos treinta años, perfectamente sano.

—¿Inteligente?

—La cavidad de la caja craneana lo demuestra. En la cara interna de los parietales hay muestras de un desarrollo cerebral diferenciado. Además, el lóbulo frontal es amplio, como corresponde a un ser con complejas zonas de asociación.

—¡Es fantástico!

Emile miró a su hija, sin dejar de fruncir el entrecejo.

—Pero —dijo Yves—, si ese... hombre, o lo que sea, ha muerto

hace solamente un año, eso quiere decir que podemos encontrar a congéneres suyos… vivos.

—Eso es.

Hubo una larga pausa.

—Temo —dijo Yves, con voz lenta—, si todo lo que pensamos es verdad, que Carson haya caído en manos de esos… —y señaló el esqueleto.

—Es muy posible.

—¡Hay que hacer algo! —exclamó Gautier, perdiendo la calma —. ¡No podemos dejar a uno de nuestros hombres en manos de esos monstruos! ¡Haré que el equipo vuelva a descender al mar y no pararemos hasta encontrarlo!

Revard se adelantó, cogiéndolo por el brazo.

—¿Se ha vuelto loco, muchacho? Si hace que esos hombres bajen otra vez al fondo, los matará y usted mismo caerá enfermo.

—¿Por qué?

—Porque ningún organismo puede resistir más de un par de horas la temperatura que reina, allá abajo. ¿No se ha dado cuenta que cuando han salido del agua daban diente con diente? ¡Es una insensatez!

Yves se mordió los labios.

—¿Piensa abandonar a ese hombre?

El sabio le miró fijamente.

—¿Sabe cuánto tiempo hace que Carson abandonó el buque?

Y como el muchacho no contestase, añadió, con voz sombría:

—Cuatro horas, Gautier, cuatro horas.

—¿Y eso qué…?

—¿Aún lo pregunta? Eso quiere decir que el depósito de oxígeno de la batisfera de Tyrone se ha terminado, agotado completamente, hace cerca de una hora.

* * *

Abandonó el lecho —no se había desnudado—, incapaz de conciliar el sueño o, al menos, de frenar la alocada marcha de los engranajes que parecían funcionar, sin descanso, en su mente.

El cielo estaba completamente, estrellado y la brisa marina procuraba una deliciosa caricia de frescura, después del tórrido día

que habían pasado.

«No hace frío —pensó él—. El verdadero frío está allá abajo, en el fondo… en esa horrible ciudad que sabe Dios desde cuándo yace bajo las aguas…»

Allí había caído Carson.

No pensaba en él ahora como en un presunto rival, ni en un hombre que, desde el principio, le había sido sumamente antipático. Veía a Tyrone corriendo por aquellos intrincados pasillos, perseguido por extraños monstruos de vago aspecto humano, cuya parte inferior movía una inmensa cola de pez.

«Sí —se decía—, es indudablemente un hombre de ciencia, absorto en un mundo extraño al nuestro; pero, de todas formas, debería bajar de vez en cuando a la realidad, para darse cuenta de que no estaba rodeado de fantasmas, sino de seres humanos como él…»

El ruido de unos pasos le hizo volver la cabeza, viendo que Yvonne se le acercaba.

Ella., sin decir nada, se apoyó en la barandilla, junto a él, mirando la superficie tranquila del mar que, como una exacta copia del cielo, reflejaba el brillo intenso de las miríadas de estrellas.

—¿Piensa en Carson, Yves?

—Sí.

—Yo tampoco he dejado de pensar en él. Y me horroriza imaginar lo que haya podido pasarle.

Gautier prefirió no decir nada.

—Guarda rencor a papá, ¿verdad?

—¿Por qué lo dice?

—Porque lo he notado cuajado hablaba con él. Y no crea que no le doy, sinceramente, la razón.

Se volvió hacia ella, mirándola con curiosidad.

—¿Cómo? ¿Me da la razón?

—Sí. Desde nuestro punto de vista, mirando las cosas como seres humanos normales, la despreocupación aparente de mi padre parece un crimen…

—¿Por qué dice aparente?

—Porque, en realidad, papá, desde hace muchísimo tiempo, perdió el contacto con la vida. ¿No recuerda que me envió al barrio marinero de Marsella, sin darse cuenta de los peligros que podía

correr allí?

—No lo he olvidado.

—Papá es así; sus cosas le parecen las únicas que poseen un interés suficiente como para consagrarles toda la atención. Y no es egoísmo, sino... ¿No ha oído usted?

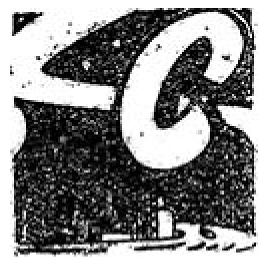
—Sí. Cállese. Se diría que...

Pero no pudo decir más.

La luz vivísima de una linterna les cegó..

—No se mueva, Yves, si quiere que todo salga bien.

CAPITULO VI



ARSON, desarmado, se sintió arrastrar por potentes brazos que tiraban de él. La luz de su reflector le dejaba ver parcialmente a aquellas extrañas criaturas, sobre todo a las que precedían a sus aprensoras. Y el desfilar de rocas y plantas le permitía darse cuenta de la tremenda velocidad que llevaban.

Habían descendido primeramente a los sótanos de las casas de la ciudad, tomando después un pasadizo amplio, por el que en aquellos momentos avanzaban rapidísima y vertiginosamente.

¿Dónde le llevaban?

Lo curioso es que no había tenido tiempo de sentir miedo alguno. Todo había sucedido tan rápidamente y de una manera tan inesperada, que las emociones se sucedieron una tras otra, antes de que pudiese reflexionar sobre su verdadera situación.

La galería desembocaba, finalmente, en una amplia gruta donde reinaba una luminosidad lo bastante intensa para que Tyrone pudiese ver más de un centenar de «sirenas» —de alguna manera tenía que nombrarlas—, que rodearon prestamente a las que le llevaban en volandas.

Fue entonces cuando, por vez primera, las oyó hablar.

Al principio, creyó que se trataba de los ruidos, amplificados por la oquedad de la gruta, pero pronto tuvo que convencerse de que lo que llegaba a sus auriculares eran palabras, perfectamente articuladas.

El lenguaje le era completamente desconocido.

Le pareció, una o dos veces, oír algo así como «andros», pero desconocía la significación dé aquella palabra que salía de los labios de las extrañas criaturas que le. rodeaban.

Pudo observarlas entonces con cierta comodidad.

Casi todas ellas, salvo rarísimas excepciones, eran verdaderos ejemplares de belleza estética. Los largos cabellos caían sobre los hombros, cubriéndoles parcialmente la mitad superior del cuerpo. Las había rubias y pelirrojas, en distintos tonos, pero abundaban mucho más las de cabello intensamente negro.

Estaba tan absorto en la contemplación de aquellos seres, que no notó la llegada de otros, hasta que los tuvo cerca de él. Eran más bajos que ellas y aunque tenían el rostro lampiño, no cabía la menor duda de que se trataba de varones.

* * *

Botho e Ivrino se abrieron paso entre las agitadas hembras, acercándose al objeto que parecía llamarles la atención.

Obsela estaba allí y les lanzó la misma mirada, cargada de desprecio, de siempre.

—Mirad lo que hemos cazado —dijo.

Y señaló a Carson.

Los dos machos se acercaron más, observando curiosamente al ejemplar que dos hembras seguían sujetando con fuerza.

Las manos hábiles de Ivrino palparon el cuerpo de aquella especie de Lemur con dos extremidades inferiores. No les extrañaba su aspecto, ya que conocían su origen, pero era la primera vez que

contemplaban a uno como en aquel momento.

Los dedos del Lemur se detuvieron en los espacios intercostales del hombre.

—No tiene branquias —dijo sin volverse.

—¿Y eso qué? —inquirió Obsela.

Tanto Ivrino corno su compañero sintieron un profundo desprecio por la ignorancia de las hembras, sólo capaces de llevar a cabo las tareas de la caza y la guerra.

—Morirá —dijo Ivrino.

La fuerte mano de Obsela se posó, bruscamente, sobre su hombro.

—¡No debe morir! ¿Te imaginas lo que nos darán los «Somáfagos»? Si muere, irás al Circo de Thanatos.

Ivrino se estremeció.

No sabía aún cómo arreglárselas, aunque ya una idea trotaba por su cabeza. Y volviéndose, a medias, hacia su compañero, preguntó:

—¿Qué te parecen las grutas gaseosas, Botho?

El otro asintió con la cabeza, antes de contestar:

—No creo que tengamos otra salida, amigo mío. Este ser es incapaz de captar el aire del agua... ¿No has visto los depósitos que lleva en la cintura?

—Deben de contener aire.

—Seguro. Es una lástima no entender su lenguaje; porque, indudablemente, debe expresarse.

Se volvió hacia la hembra.

—¿Dónde lo encontrasteis?

—En Polis Hipopothamos.

—Ya.

Hubo una pausa, mientras los dos lemures acababan de pensar en las posibilidades de su proyecto. Finalmente, Ivrino se dirigió a Obsela.

—Hay que llevarlo a las grutas gaseosas: es la única forma de que no muera.

—Vamos.

Volvieron a arrastrarle.

Salieron de la caverna, dirigiéndose a una especie de rampa, al final de la cual se hallaban los conductores estrechos que

conducían a las grutas gaseosas. Se trataba de unos espacios cerrados casi totalmente, en el interior de la roca y que, por una especial disposición de vasos comunicantes, poseían un espacio abierto, donde se vertía el aire libre que procedía de una serie de géiseres gaseosos.

Cuando llegaron al interior de uno de aquellos curiosos espacios, Carson, que ya empezaba a aterrorizarse, al pensar que sus depósitos de oxígeno comenzaban a agotarse, vio con alegría que el agua sólo le llegaba allí a los hombros.

Se quitó la campánula, no sin cierta aprensión, respirando glotonamente el aire puro que burbujeaba en la superficie del agua.

Ahora estaba seguro de que aquellos seres eran inteligentes y habían comprendido la imperiosa necesidad que su organismo tenía de oxígeno.

A su lado, los dos varones y aquella hembra casi gigantesca le miraban curiosamente.

Se preguntó cómo podrían respirar ahora que tenían la cabeza por encima del agua, pero abandonó rápidamente aquellas ideas meramente curiosas, pensando en que sus amigos no podrían encontrarle jamás.

Estaba irremisiblemente perdido.

Entre tanto, Ivrino, que había observado al hombre, se apoderó de la batisfera, despegando cuidadosamente los tubos y las agujas, que examinó con cuidado.

—Es un aparato curioso —dijo a su compañero.

—¿Sabes cómo funciona?

—Aún no, pero lo supongo. De todos modos, podremos estudiarlo.

—¿Para qué sirve? —inquirió la Lemur.

—Para que él pueda respirar debajo del agua, sin necesidad de branquias.

—¿Podrá volver a utilizarlo?

—Creo que sí. Botho y yo lo estudiaremos y es posible que encontremos en seguida el modo de volverlo a cargar.

—Daos prisa.. Tengo que enseñárselo a la primera «Somáfago» que venga. Ya saben que han de pasar muy pronto... y no olvides que tú ya eres viejo y ninguna de nosotras té desea como pareja.

Ivrino se estremeció.

Había pensado ya, muchas veces, en la triste suerte que le esperaba. Y de no haber sido por los estudios que, junto a los otros machos, había realizado, la desesperación le hubiera vuelto loco.

No sabía, en realidad, si era peor acabar en la soledad horrible del Circo Thanatos y ser entregado a las horribles «Somafagos». Hasta entonces, mientras se sintió joven, todo había sido diferente y jamás pensó en el triste final de los varones lemures; pero ahora Obsela tenía razón y no había más que un modo de escapar al terrible y fatal destino.

—¿Qué harás si logro que esta criatura viva?

—No te entregaré... por ahora.

Después de todo era una esperanza.

Obsela salió de la gruta gaseosa, dejando a los dos lemures en compañía del hombre que habían capturado.

—Es una lástima que las hembras sean tan estúpidas como para entregar este maravilloso ejemplar a las «Somafagos».

—¿De qué te quejas, Ivrino? ¿No vas a salvar la vida?

—Sí, ya lo sé; pero de todos modos ¡me hubiese gustado tanto poder estudiarle y aprender su lenguaje!

El otro sonrió.

—Tienes razón. Hace mucho tiempo que pensamos en los hombres de por encima de las aguas. Durante muchos siglos, hemos llegado a creer que se trataba de leyendas. Después, gracias a los restos que encontramos en las embarcaciones hundidas, aprendimos mucho de ellos. Sobre todo, la realidad de su existencia.

—Pero todos estaban muertos y ninguno de ellos pudo proporcionarnos la ocasión de poder aprender el lenguaje que hablan.

—Hubiéramos sabido tantas y tantas cosas...

Hubo una pausa.

—Lo que debemos hacer ahora —dijo Botho mucho más práctico que su compañero —es estudiar este sistema de respiración para hacer posible tu salvación.

—Gracias, amigo. También hemos de pensar en que este ser debe tener necesidad de alimentos.

—¿Qué comerá?

Ivrino se adelantó y abriendo la boca de Carson, que no supo lo

que hacer y terminó dejando que el otro le examinase, asintió con la cabeza.

—Tiene nuestra misma dentición. Creo que algunos moluscos no le vendrán mal.

—¿Vamos a por ellos?

—Sí. Nos llevaremos el aparato y veremos si después podemos cargárselo en una de estas grutas gaseosas.

Salieron de la gruta.

Tyrone, estaba pálido de terror.

Sabía que no le quedaba ninguna esperanza; sin embargo, había notado la servil sumisión de los machos a las despóticas hembras. No sabía aún si podría sacar algo bueno de aquella sorda rabia, que había leído en los ojos de los hombres-peces; pero, acostumbrado precisamente a eso, a aprovecharse de odios y envidias, Carson no perdía totalmente la esperanza, diciéndose que bien valdría la pena de intentar algo.

Lo importante por el momento era seguir viviendo.

Necesitaba, antes que otra cosa, intentar entenderse con aquellas extrañas criaturas. Y puesto que ellas se servían, de un lenguaje, ¿por qué no ensayar algún procedimiento elemental y sencillo para entenderse con ellos?

Tyrone había viajado mucho y en el curso de sus correrías se había visto obligado, muchas veces, a entenderse con gentes cuyo lenguaje le era completamente desconocido... y viceversa.

Por otra parte, los hombres-peces se habían llevado su aparato, lo que demostraba que se interesaban por la batisfera del profesor Revard y que intentaban estudiarla para algo que él no podía precisar por el momento.

Al pensar en Revard, sus ideas volaron hacia el barco y hacia todo aquello que significaba tanta felicidad: la dicha de la libertad y del aire libre, fuera de aquella oscuridad que su foco, cada vez más gastado, perforaba cada vez más débilmente.

Le sorprendió la vuelta de los dos hombres-peces.

Uno de ellos llevaba una especie de red que tendió a Carson. Éste, que vio su contenido, comprendió no sin alegría que aquellos hombres deseaban que comiese.

Abrió la red, viendo ejemplares desconocidos de la fauna abisal, de aspecto repugnante, junto a otros animales que le eran

conocidos.

Sacó uno y enseñándoselo a los otros:

—Cangrejo —dijo.

Los dos hombres-peces se miraron; después, uno de ellos, el que parecía más viejo repitió:

—Cangrejo.

Carson sonrió, sintiéndose inmensamente feliz.

Así empezó a nombrar todas las cosas conocidas que contenía la red, limitándose, respecto a las desconocidas, a lanzarlas al agua acompañando el gesto con una expresión de repugnancia y diciendo:

—¡Malo!

Luego señaló, lo que había apartado para comer y señalándolo todo dijo:

—Esto bueno…

Los detalles: «cáscara», «carne», «masticar», «partir», «tirar»… fueron apareciendo a medida que fue realizando los gestos que explicaban aquellas palabras.

Los otros parecían encantados.

Aprendían velocísimamente y cuando Carson tuvo su apetito calmado, no sin echar de menos un buen vaso de «whisky» y un cigarrillo, continuó con entusiasmo sus lecciones, maravillándose de la tremenda velocidad con que aprendían aquellos curiosos seres.

No supo nunca el tiempo que estuvo allí, intercambiando las primeras palabras con los hombres-peces, pero lo cierto fue que la fabulosa facultad de asociación de Ivrino v Botho hicieron lo demás, sorprendiéndole bruscamente, cuando el primero confesó con una sonrisa en los labios:

—Ya creer que poder conversar contigo… tu lenguaje ser sencillo…

—¿Es posible… que me entiendas tan pronto?

—Ya lo ves…

Para Carson era como si se hubiese abierto las puertas de la esperanza de par en par.

No temía a aquellos dos seres, que por el contrario empezaban a serle simpáticos. Sin embargo y sin saber por qué, temblaba al recordar la despótica actitud de las «sirenas».

—¿Qué suerte me espera? —inquirió.

Los otros dos se miraron.

—Luego decírtelo... ahora preguntar nosotros... ¿Cómo llegar hasta aquí?

Tyrone les explicó detalladamente todo lo que había ocurrido, los propósitos del profesor Revard y los suyos propios. No era momento de mostrarse hipócrita y por eso habló con sinceridad.

—¿Buscar también tesoros en el mar?

—Sí; pero ¿por qué dices también...?

—Las lemures hacer lo mismo. Tener montañas de esos tesoros...

Carson se pasó la lengua por los labios, a la vez que sus ojos brillaban.

Pero como había sorprendido un gesto de asco en los labios de los lemures —ya sabía cómo se llamaban aquellas criaturas submarinas.

—En la tierra —dijo —esos tesoros son muy útiles. ¿Para qué demonios los necesitan las lemures?

—Para adornarse.

Tyrone no pudo evitar una sonrisa.

Indudablemente, la mujer, fuera o dentro del agua, sería siempre la misma. Su afición por las joyas y los adornos era innato del sexo, cualquiera que fuera el ambiente donde se encontrara.

—Obsela, nuestra reina —explico Ivrino—, reúne muchos de esos tesoros, pero no es ella quien los encuentra.

—¿Quién entonces?

—Las «Somafagos».

—¿Las qué?

—Las «Somafagos». Son seres parecidos a nosotros, pero distintos en muchas cosas... Se alimentan preferentemente de carne de lemures.

—¿Antropófagos?

—Eso es.

Y después de una corta pausa, Ivrino añadió:

—Obsela te guarda para ellas... Está segura de que le darán un gran tesoro por una presa como tú...

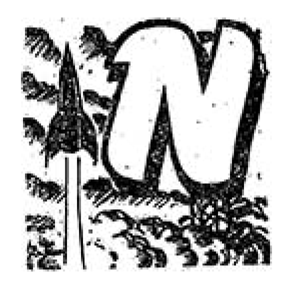
Carson vaciló y tuvo que apoyarse en la roca para no caer. Las piernas le flaqueaban.

Todas sus ilusiones se vinieron ruidosamente abajo, corno un vano castillo de naipes.

Por lo visto, la reina de aquellos extraños seres tenía el decidido propósito de conseguir algunos adornos más a costa de su piel.

¡No tenía salida!

CAPITULO VII



O te muevas, Yves!

La voz le era conocida: era la de Fred Wall.

—¿Qué significa esto? —inquirió la muchacha.

—No le importa, señorita.

Uno de ellos, el japonés, se había adelantado, desarmando velozmente a Gautier. Después bajaron las linternas y los jóvenes pudieron ver las siluetas de los tres hombres-ranas.

Wall se adelantó.

—Vamos a irnos, señorita —dijo con un acento de cinismo—. Nos hemos dado cuenta, desde la desdichada desaparición de Carson, de que esto es demasiado peligroso.

—¡Pero ustedes han firmado un contrato que mi padre posee! ¡No pueden hacer lo que se proponen!

Fred rió brevemente.

—El contrato está ya en mi bolsillo, señorita... así como una

importante cantidad de dinero que había en la caja.

—¡Son ustedes unos bandidos!

—Es posible, pero seguimos amando nuestra piel y no queremos que nos suceda lo que a Tyrone.

Hubo un silencio.

—¿Qué se proponen hacer? —preguntó Yves.

—Largarnos, amiguito. Nos llevamos los equipos y las batisferas, que nos serán de gran utilidad en otros lugares más apacibles que éste.

—No irán muy lejos.

—¿Oís eso, muchachos? Has de saber, imbécil, que el aparato de radio tardará mucho en serviros de algo. Preston se ha encargado de «arreglarlo». Además, ha desmontado las conexiones de los motores Diesel, lo que quiere decir que también os costará un poco poner el barco en marcha... Nosotros nos llevamos la motora.

Retrocedieron, seguros de que ni Yves ni la muchacha harían nada para impedirlo.

Momentos más tarde, el ruido del motor de la lancha demostraba a los jóvenes que los hombres-ranas se alejaban.

Seguido por Yvonne, Gautier corrió al despacho del buque, comprobando que la caja fuerte había sido violada y que sólo los papeles estaban tirados en el suelo. Pasó luego a la sala de radio, comprobando que el aparato había sido deshecho.

—¿Y papá? —inquirió ella con ansiedad.

Encontraron al padre de la muchacha en el laboratorio.

No se había dado cuenta de nada y seguía estudiando detalladamente el esqueleto.

«Indudablemente —se dijo Yves—, este hombre vive en otro mundo.»

—¡Papá!

Revard recibió a su hija en los brazos, lanzando una mirada interrogativa a Yves.

—¿Qué ocurre, muchacho?

—Los hombres-ranas se han ido, profesor.

—¿En busca de Carson?

—No. Se han ido, después de inutilizar el buque, destrozar la radio, llevarse el dinero y robar las batisferas.

—¡Oh!

El viejo acarició la cabellera de Yvonne.

Esta sollozaba amargamente contra el pecho del sabio:

—¿Qué piensa usted hacer? —inquirió Yves, al que molestaba bastante la impasibilidad del anciano.

—Seguiremos trabajando.

—Pero… ¿con qué?

—Tengo tres batisferas escondidas donde esos granujas no han podido encontrarlas.

—Pero…

Había sido Yvonne la que, levantando la cabeza, miró a su padre con los ojos arrasados en lágrimas.

—¿No te das cuenta, papá? El barco no puede moverse y hemos de hacer algo para salir de esta enojosa situación.

—Ya pasará algún otro barco por los alrededores. Porque supongo que esos bandidos habrán destruido las lanchas de salvamento, ¿verdad, Yves?

—Lo supongo.

—¿Qué queréis que hagamos entonces? Justamente ahora —y señaló el esqueleto—, cuando estamos ante uno de los descubrimientos más formidables que ha hecho la Humanidad.

Yves se encogió de hombros, pero no pudo por menos de decir con un tono agrio en la voz:

—¿Qué importancia puede tener un montón de huesos como ése… al lado de la situación en que nos encontramos? ¿Sabe lo que ocurriría si estallase un temporal, profesor?

—Lo supongo, Yves, lo supongo.

—No pudiendo hacernos con el barco, tendríamos que esperar tranquilamente la muerte… Y usted no piensa más que en ese esqueleto de todos los demonios! ¡Si llego a saberlo, no se lo traigo!

La alarma se pintó en el rostro del profesor:

—¿Qué dices, muchacho? Hubieses cometido un delito imperdonable —sonrió—. Pero ya sé que eres incapaz de una felonía así… ¿Te has dado cuenta de que este esqueleto no tiene brazos?

—No me importa.

—No seas así, Yves —el sabio no había dejado de sonreír—. Tú estudiaste Biología y sabes el tremendo interés que tienen todas

estas cosas para nosotros. Ven, acércate... voy a enseñarte algo.

Vencido, Yves obedeció.

Yvonne siguió a su padre igualmente.

—Fijaos... aquí tenéis las escápulas y las cavidades o fosas glenoideas, donde, naturalmente, debieron alojarse las respectivas cabezas de los húmeros. ¿No os dais cuenta?

—¿De qué, papá?

—De que a este desgraciado le fueron arrancados los brazos.

—¿Se los amputaron?—preguntó el joven, interesado súbitamente por aquel problema.

—No, no hubo amputación, al menos en lo que se refiere al hueso. Claro que la carne debieron cortarla, pero después obraron como los carniceros: la deshuesaron.

—¡Qué horror!

—¿Por qué lo hicieron? —prosiguió diciendo Emile Revard—. Ésa es una pregunta que me gustaría saber contestar; pero, de todos modos, esto empieza a demostrarnos que la civilización que tenemos bajo los pies, en el fondo del agua, es algo cruel, primitivo, salvaje... Y sin embargo...

Entornó los ojos, como si buscase más precisión en las imágenes que atravesaban su mente.

—Es indudable —dijo— que Lemuria estuvo aquí, en lo que hoy es el estrecho de Mozambique. De todo lo que he leído, y es poco lo que se sabe de ese fantástico país, se desprende que los lemures eran seres pequeños, que llevaban una existencia fundamentalmente arborícola y primitiva... Luego, no se sabe por qué su civilización se desarrolló, mucho antes que Egipto empezase a contar en la historia del mundo.

¿Qué pudo ocurrir? ¿Qué de influencias recibieron los lemures para progresar de aquella manera? Nadie lo sabe. Lo único preciso es que, por efecto de una distorsión de las capas profundas de la Tierra, Lemuria se hundió, un día, yendo a parar al fondo del mar.

»¿Qué fue de aquel pueblo fantástico? Lo natural es que todos pereciesen en la horrenda catástrofe que les precipitó al océano; pero entonces, ¿qué significa este esqueleto que Yves ha encontrado?

»Como biólogo, puedo pensar en una adaptación a las nuevas condiciones ambientales, pero eso presupone que los lemures no

perecieron en la catástrofe, ya que ningún cambio vital puede realizarse en lo que está muerto.

.«Ése es el problema, amigos míos...

Una larga pausa se hizo entre ellos.

Yves no separaba sus ojos del esqueleto, preguntándose un millón de cosas y sin poder contestar a ninguna.

—¿Cree usted, profesor —inquirió de repente—, que adelantaríamos algo volviendo a esa ciudad sumergida?

—¡Indudablemente!

—Bien. Estoy dispuesto a volver.

—Alguien ha de acompañarte, muchacho —dijo el sabio—. Tengo tres batisferas, como te dije antes, de un modelo super-perfeccionado, capaz de hacer que se resista, bajo el agua, hasta doscientas horas. Además, están dotadas de un termorregulador, para evitar los trastornos por el frío.

—¿Por qué no las utilizó antes?

—Porque creí que para encontrar lo que andábamos buscando: los Coelacantus, nos bastaban las que tenía en servicio.

—¡Menos mal! Si esos granujas lo hubiesen sabido...

—Creo —dijo aún el profesor— que hay un marino, entre la tripulación, que trabajó, como tú, en la pesca de perlas. Es un joven griego, muy experimentado.

—¿Te refieres a Tetrapópulos, papá?

—Sí. A Emías Tetrapópulos. Hace más de dos años que navega con nosotros y nos ha ayudado muchas veces. Es un hombre de toda confianza.

—Está bien. Diré que me acompañe.

—Hay aún otra cosa.

—¿De qué se trata?

—Debéis ir armados. Junto a las batisferas, tengo fusiles neumáticos adaptables al lanzamiento de balas. La desaparición de Carson nos invita a la prudencia.

—Perfectamente. Ahora me toca preguntar a mí: ¿qué va usted a decir a la tripulación?

El otro le miró con asombro.

—¿A la tripulación? ¿He de decirle algo?

—¡Pero, papá! —intervino la muchacha—. ¿Por qué vives siempre tan lejos de la realidad, Dios mío? ¿No te das cuenta de

que, como dice Yves, tendrás que hablar con los hombres, explicándolos lo que ha ocurrido y...

Se volvió al joven, con una expresión de angustia pintada en su hermoso rostro.

—¡No hemos visto a ninguno, Yves, ¿no se ha dado cuenta?

—¿Es verdad! ¡Voy a ver!

Salió velozmente recorriendo el buque... hasta que encontró a la tripulación encerrada en la bodega. Les explicó claramente lo que había pasado, instando a unos cuantos para que hiciesen lo posible por reparar una lancha en la que podía ir a buscar auxilio.

—¿Quién es el griego?

—Yo —repuso uno de los marineros adelantándose.

Emías Tetrapópulos era un joven de anchas espaldas, no muy alto, pero corpulento y macizo.

—Ven conmigo.

Había tranquilizado a los hombres y se dirigió, seguido del griego, al laboratorio.

—¿Los ha encontrado? —inquirió Yvonne.

Yves explicó lo que había pasado; después, señalando a su acompañante y dirigiéndose al profesor, dijo:

—Podemos bajar cuando quiera, señor.

—Bien.

Revard se dirigió hacia el fondo del laboratorio, pulsando un resorte que hizo que la pared, girando sobre sí misma, dejase una entrada a un pasadizo por el que el sabio desapareció. Momentos más tarde estaba nuevamente junto a ellos, llevando las dos batisferas, bastante distintas a las que Yves conocía.

—Aquí están.

Luego volvió a entrar, reapareciendo con dos fusiles de aire comprimido y un cargador de balas macizas.

—Con esto podréis defenderos de cualquier ataque y haceros respetar.

—Bien, nos vamos...

—¡¡Un momento!!

Se volvieron hacia Yvonne, que había sido la que lanzó aquella inesperada exclamación.

—¿Qué quieres, pequeña?

Ella miró a su padre, después a Yves.

—Yo también voy —dijo con voz firme.

—¿Tú, hija mía?

—Sí, papá. Hay tres batisferas y ya es hora que yo intervenga en estos trabajos. Es la primera vez que no me has dejado hacer nada.

—Es que...

—Ya sé lo que vas a decirme. Es peligroso, ¿verdad?

—Eso es.

—Pues me es igual, papá. Iré y me encargaré, como siempre, de hacer las fotos y tomar películas. Al lado de Yves y Emías no tengo miedo alguno. Ellos sabrán protegerme.

Gautier sonrió.

—Está bien, señorita Revard: queda usted admitida.

* * *

Obsela nadó ágilmente hasta donde se encontraba Ivrino.

—¿Cómo va el prisionero?

—Bien. Se alimenta y está perfectamente en la gruta gaseosa.

—¿Podrá salir de allí con ese aparato? —preguntó la reina.

—Muy pronto. No creo que tardemos mucho en haberlo cargado de aire... ¿Es que han venido?

—No, pero no tardarán.

Y se alejó hacia el grupo de servidoras que la esperaban, con largos collares de perlas y joyas multicolores que procedían de muchos barcos que se habían hundido en todos los mares.

Ivrino contempló tristemente el grupo de lemures hembras.

¿Desde cuándo habían tomado ellas las riendas del poder?

La historia —¿o acaso era solamente la leyenda?— decía que otros tiempos los lemures varones eran los que lo gobernaban todo, los que mandaban, hacían la guerra, cazaban... Pero después, nadie sabía exactamente en qué momento, las lemures se habían convertido en las dueñas absolutas de todo, reduciendo a los varones a un estado de sumisión rayana en la esclavitud. Mientras eran jóvenes, ellas los halagaban; después, al envejecer, acababan en las garras de las «Somáfagos» o iban a divertir a las propias lemures al Circo Thanatos.

Y él, de no haber sido por el hombre de la superficie, ya habría

acabado de una u otra forma.

Se alejó, nadando, hacia donde se encontraba Botho, intentando cargar los depósitos respiratorios de la batisfera.

—¿Lo has logrado?

—Sí.

—¿Cómo funciona?

—Vertiendo el oxígeno directamente en la sangre... ¡Es formidable!

—¡Lástima que no poseamos aparatos semejantes para nosotros!

—¿Para qué?

—Para huir. Ya has oído lo que nos ha contado Carson. El mundo exterior es fantástico y son los hombres los que mandan en todo.

—Ya me gustaría también huir de aquí, no vayas a dudarlo; pero sé que es completamente imposible.

—No sé.

El otro le miró, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no deseo ser pasto de seres monstruosos, ni divertir a las lemures. Estoy dispuesto a impedir que me cojan.

—¡Estás loco! ¡No lo lograrás nunca!

—Yo creo que sí.

—¿Cómo?

—¿No te has fijado que el aire que brota de las grutas gaseosas sube por una galería estrecha?

—Sí, ya lo he visto.

—¿Y no te imaginas lo que quiere decir?

—No.

—Que el aire va hacia la superficie, hacia el mundo exterior. Debe de haber una galería, por la que no debe de ser difícil subir...

—Has olvidado que esa galería no tiene agua, amigo mío.

—No, no lo he olvidado. Si pensaba en eso era para permitir a nuestro amigo Carson el poder cargan su aparato durante el camino.

—¿Qué camino?

—Él que seguiremos. Las galerías laterales, éstas repletas de agua, será la ruta que seguiremos. Cada vez que haya que renovar

el oxígeno para Carson, le haremos pasar a la galería central y podremos hacer que respire mientras le cargamos su depósito. Luego, cuando lleguemos arriba...

—Sí, eso es... cuando lleguemos arriba...

—Permaneceremos en el agua, pero junto a la superficie, mientras Carson busca ayuda para nosotros. Lo importante es alejarse de aquí.

—¿Y qué haremos una vez en el mundo exterior?

—Seremos famosos y gozaremos de una libertad maravillosa. Podemos instalarnos en cualquier mar interior, de los que Carson me ha hablado, sin ninguna clase de peligro. Además, estudiaremos a los habitantes de la superficie y podremos dedicar nuestra vida a lo que hemos soñado siempre: la investigación.

—¿Vamos a ir nosotros solos?

—No. Nos llevaremos a todos los lemures.

Así, estas malditas hembras sabrán lo que es estar condenadas a vivir solas.

—También lo estaremos nosotros.

—No lo creas. Nos llevaremos medio centenar de «lemures-bebé», todos ellos de sexo femenino.

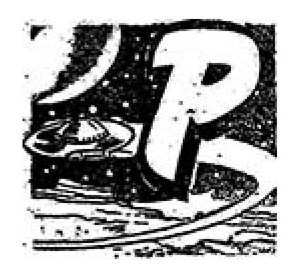
—Ya veo.

—No ves nada. Los hombres de la superficie pagarán lo que sea para poder vernos. No tendremos que buscar alimentos, ya que ellos nos los proporcionarán en cantidad más que suficiente. ¡Lo que sea por salir de este infierno!

—Cuenta conmigo.

—Lo sabía —dijo con una expresión satisfecha.

CAPÍTULO VIII



OR mucho que hicieron, no lograron encontrar la escalinata de piedra que conducía a la ciudad sumergida. Yves examinó detenidamente el lugar a que fueron a parar, pero no consiguió orientarse —¿No encuentras el camino? —le preguntó el griego.

—No. Hubiese jurado que descendíamos por la vertical, pero alguna corriente submarina ha debido empujarnos hacia acá. De todas formas, no debemos estar excesivamente lejos del sitio.

—¿Qué haremos entonces? —inquirió la joven.

—Vamos a seguir este camino y no creo que tardemos en encontrarnos con el corte del terreno, en cuya parto baja estaba la ciudad. Vamos.

Pronto se adentraron en una zona en la que las rocas parecían surgir verticalmente del suelo, ramificándose después y adquiriendo curiosas formas. El número de aquella especie de «postes pétreos» fue aumentando hasta darles la impresión de que se encontraban en el interior de la más fantástica catedral que hubiesen visitado jamás.

Así lo dijo Yvonne.

—No —repuso el joven—. Esto no es, ni más ni menos, que un bosque petrificado. Los árboles perdieron sus ramas más pequeñas y no les quedó más que el tronco y los brazos importantes.

—¿Un bosque sumergido? —preguntó el griego—. ¿Cómo es posible?

—Debió hundirse parcialmente, permaneciendo fuera del alcance de los enemigos que lo hubiesen destruido… o quizás estaba ya petrificado cuando se hundió. ¡Cualquiera sabe!

La joven contempló aquellas moles, arrobada.

—Fuese como fuese, el efecto es maravilloso.

Y no exageraba.

Cubiertos ahora por una espesa capa de líquenes, entre los que brillaban las conchas, los pólipos y no pocos corales, parecían

seguir viendo árboles, pero de un mundo extraño, que hubiese concebido la pluma o el pincel de un visionario.

Había también otra cosa que parecía contribuir a aquella especie de malestar que se iba apoderando de los tres: el silencio. Un silencio completo, hondamente arraigado en las cosas, como si fuese el compendio de la muerte que, hacía millones de años, había convertido en piedra aquellos colosos de verdura.

—Siento miedo, Yves.

Se volvió hacia ella.

—¿Miedo? ¿De qué?

—No sé. Es algo extraño, como si me encontrase en un lugar del que, fatalmente, no tuviese que salir nunca.

—¡No diga tonterías, señorita!

Pero, a pesar de las palabras que acababa de pronunciar, Gautier experimentaba algo, que sin ser miedo, como lo que había confesado la muchacha, sí era una intranquilidad creciente, una angustia pegajosa e indefinible.

«Pronto saldremos de aquí —pensó— y encontraremos la manera de bajar a la ciudad. Una. ves allí, encontraremos lo que buscamos: esos misteriosos seres, de los que voy a llevar un ejemplar entero al profesor...»

¿Vivo?

Sonrió.

No había traído campánulas para meter las presas y deberían llevarlas consigo; pero si podía capturar un lemur sin verse obligado a matarlo, Revard lo 'tendría, costase lo que costase.

—¿No oyes nada? —inquirió en aquel momento Emías, que caminaba a su lado.

—No. ¿Y tú?

—No puedo precisarlo, pero me ha parecido oír algo.

—¿Aquí? —preguntó la joven—. ¿No se dan cuenta de que casi se puede mascar el silencio?

—¡Calle!

Esta vez fue el propio Yves quien oyó algo, lejano, impreciso; pero que indudablemente no era ninguna alucinación auditiva.

Guardaron silencio, prestando atención a sus auriculares.

Los aparatos de radio portátiles que llevaban poseían un doble mecanismo: el propio para recibir las emisiones cercanas y otro,

comunicativo con el exterior con un simple vibrófono, que era capaz de recoger los sonidos del ambiente marino en el que se encontraban.

—¿No te habrás equivocado, Emías?

El griego se encogió de hombros.

—No lo sé a ciencia cierta, pero me parece haber oído algo.

Se habían detenido y escuchaban atentamente, sin dejar de mirar en derredor suyo. La luz de los focos pectorales trazaba tres conos verdosos que se terminaban en una especie de halo vaporoso, cuando la refracción de la luz, a cierta distancia, volvía imprecisos los contornos de los objetos.

De repente, el electroimán de los micrófonos de Yves vibró con una cierta fuerza. No cabía la menor duda de que algo estaba llegando a sus oídos.

Fue corno un rumor apagado del que, de vez en cuando, surgían tonos altos, exclamaciones, gritos, rugidos, en un caos sonoro que hacía difícil la discriminación de los sonidos.

—Parece una lucha —dijo Tetrapópulos.

Y tenía razón.

El ruido era como el producido por un combate y hasta podían oírse con un poco de atención los gritos de los adversarios, los rugidos de rabia y hasta los alaridos de dolor de los heridos.

—Alguien se está peleando por aquí.

Yvonne se acercó al joven.

Esperaron durante un buen rato limitándose a escuchar, sin tomar ninguna determinación, dudando si moverse para ver dónde se estaba luchando o permanecer allí, a la espera, prudentemente.

Pero algo echó por tierra todos sus proyectos.

Una voz —¡y esta vez llegaba directamente a los micrófonos!—, que era imposible haber olvidado, sonó potente, lastimera:

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

Se miraron los unos a los otros.

—¡Es Carson! —exclamó el griego.

—¡Es imposible!—dijo la muchacha—. ¡Carson ha muerto! ¡Su depósito de oxígeno debe haberse agotado hace mucho tiempo!

Yves asintió con la cabeza.

—Es verdad; sin embargo, esa voz es la de Carson.

—¿No nos estaremos volviendo locos?

—No, Yvonne… Tenemos que hacer algo.

Y como si Tyrone hubiese adivinado la presencia de sus amigos y, al mismo tiempo, sus dudas, su voz volvió a sonar.

—¡¡Auxilio!! ¡¡Socorro!!

Yves no dudó más.

Se había orientado correctamente y echó a nadar, seguido por el griego y la muchacha.

Para moverse más fácilmente y cómodamente, se había colocado el fusil en bandolera y nadaba no lejos del suelo, zona en la que se suele avanzar mucho más aprisa que entre dos aguas.

Peces de extrañas formas, cuyos dispositivos fosforescentes brillaban a la luz de los faros, se escurrían velozmente, huyendo de aquellos monstruosos seres que, como ellos, iban dotados de luz, pero de una potencia que les era desconocida.

El rumor del combate se acercaba.

Yves demostró su magnífico sentido de orientación, moviéndose con una extraña soltura por entre el dédalo de aquellas columnas pétreas. Finalmente, al llegar a lo que en otros tiempos debió ser la linde del bosque, se detuvo, irguiéndose y sacando su fusil de bandolera.

Los otros le imitaron.

Una luminosidad rosada hacía posible ver la escena.

Seres semejantes en todo a las «sirenas», pero de sexo masculino, luchaban desesperadamente contra extraños pulpos… ¡cuyo rostro era casi humano!

Aquellos monstruos poseían un cuerpo viscoso, muy parecido al de los pulpos, pero sus extremidades estaban dotadas de manos corno las de los antropoides y sus cabezas eran idénticas a las de los gorilas.

Sí, no había ninguna diferencia apreciable: los mismos ojos malévolos, hundidos en las profundas cuencas, su nariz achatada, su frente estrecha y su enorme boca, entreabierta, dejando al descubierto unos colmillos afilados y tremendamente blancos.

Los hombres-peces eran, por el contrario, completamente humanos, salvo de cintura para abajo, donde el cuerpo se prolongaba en una robusta cola cubierta de brillantes escamas.

—¿Qué hacemos?

Yves no contestó inmediatamente al griego. Estaba pensando en

muchas cosas; pero, a pesar del cúmulo de ideas que le asaltaban en aquel momento, no se le ofrecía la menor duda de qué partido habría de tomar.

—¡Disparad contra los pulpos!

Los estampidos de las cámaras de aire comprimido de los fusiles produjeron un estrépito ensordecedor y los primeros «pulpos» cayeron, desprendiendo de sus cuerpos una sustancia negruzca.

Yves se había dado cuenta de que aquellos horripilantes seres, los de un grupo que estaba a su derecha y no muy lejos, estaban devorando glotonamente el cuerpo de un hombre-pez. La ferocidad se leía en los rostros semihumanos.

Gautier disparó contra ellos, viendo que tres caían para no levantarse más.

Entonces recordó al jefe de los hombres-ranas.

—¡Carson! —llamó.

No obtuvo respuesta alguna.

Algunos de aquellos monstruosos seres habían empezado a retroceder y el joven pudo, siempre seguido por sus compañeros, avanzar un poco más en lo que, momentos antes era campo de batalla.

—¡¡Carson!!

Y la respuesta les llegó inesperadamente, con una voz extraordinariamente débil:

—Estoy aquí… amigos…

Manejando rápidamente el goniómetro, que le permitiría conocer la dirección en que la voz de Tyrone le llegaba, volvió a llamar.

—¿Dónde, Carson?

—Aquí… no sé… yo…

Pero fue lo bastante para que Gautier precisase la dirección. Se volvió a sus amigos y dijo:

—Vamos, es por aquí.

Todos ellos llevaban las armas apercibidas, pero no hizo falta que las utilizasen. Los «pulpos» parecían haber desaparecido, huyendo de la presencia de los humanos.

Los cadáveres de los lemures se veían por doquier. Y lo más horrible era que ninguno de ellos estaba entero. los afilados

colmillos de aquellos monstruos habían dado buena cuenta de ellos.

—¡Es horroroso! —exclamó Yvonne.

Era como si acabasen de vaciar una enorme red y los pescados, mezclados con torsos humanos, formasen el producto de la más alucinante de las pescas.

—¡Allí!

Emías acababa de ver a Carson, echado en el suelo y rodeado aún por dos «pulpos».

Dispararon, al mismo tiempo, los dos hombres y las bestias rodaron, envueltas en aquella sustancia negruzca que despedían las profundas heridas que habían recibido.

Nadando velozmente, los tres humanos se dirigieron al lugar donde yacía el americano y la muchacha hubo de hacer un esfuerzo inmenso para evitar que el grito de horror que pugnaba por salir de su garganta llegase a sus labios.

A Carson le faltaban las dos piernas, de cuyos desgarrados muñones se escapaba la sangre que iba tintando el agua del océano.

Yves se arrodilló junto a él.

—¡Carson!

El otro movió la cabeza, dentro de la batisfera, mirando al francés.

—Todo se ha acabado, amigo... Fui un ambicioso y he pagado mi justo precio... Tened cuidado con Wall y los otros... son malos como yo...

Yves podía haberle dicho que los otros ya habían llevado a cabo sus propósitos, pero no era momento oportuno de hacer sufrir más a aquel desdichado.

—¿Podemos hacer algo por usted?—inquirió Yvonne, suyos ojos estaban arrasarlos de lágrimas.

La respuesta no les llegó de los labios de Carson, que ya estaban lívidos, sino de detrás.

—Desgraciadamente, ya no se puede hacer nada.

Se volvieron.

Ante ellos, un hombre-pez, cubierto de sangre, les miraba con simpatía.

—¿Cómo es posible que hable usted nuestra lengua?—inquirió

Yves, no sin tener el arma apercibida, ya que no podía confiar en nada.

—Carson me la enseñó.

—¿En un día?

El otro sonrió.

—Sí... no es muy difícil... ¡Lástima que nuestro intento haya fracasado!

¿Su intento? No entiendo... ¿Cómo estaba Carson con ustedes? Además, ¿quiénes son ustedes?

—Lemures. Su amigo fue hecho prisionero por nuestras hembras, que son las que rigen desde hace mucho tiempo todos los asuntos de nuestra patria submarina. Nosotros, incapaces de reaccionar contra esta tiranía, hemos vivido sometidos a ellas que, una vez les éramos inútiles, nos condenaban a la muerte: entregándonos a estos monstruos «somafagos» o llevándonos, para su diversión, al Circo Thanatos.

Emías frunció el entrecejo; después, dirigiéndose a Yves, exclamó:

—¡Que me maten si este tipo no está hablando casi en griego! —y sin pensarlo más le hizo una pregunta en su lengua vernácula.

El lemur abrió desmesuradamente los ojos, escuchando maravillado a Tetrapópulos y contestando a sus preguntas.

Emías se volvió después a su joven amigó.

—Hablan griego, Gautier: un griego bastante diferente al de ahora, pero griego a fin de cuentas.

—¡Esto interesará mucho a papá! —exclamó la joven.

Yves asintió con la cabeza.

Estaba usted hablando del Circo Thanatos. ¿Qué significa eso?

—«Thanatos» quiere decir «muerte». Es una especie de anfiteatro natural, situado no muy lejos de aquí y donde los lemures llevaban a sus víctimas.

—¿Qué hacían con ellas?

—Las mutilaban primero, arrancándoles ambos brazos. Sin ellos, el lemur se arrastraba penosamente, pereciendo presa de los peces carnívoros que viven en las grutas vecinas del circo.

—Ahora entiendo —dijo Yves—. Yo encontré un esqueleto, sin brazos, en ese sitio.

El hombre-pez asintió tristemente.

—Era el cadáver de Ohkor, al que yo hubiese sucedido. Por eso quisimos Carson, Botho y yo, junto a los demás lemures, escapar de la tiranía de las hembras —lanzó una desolada mirada en derredor suyo—. Todos han muerto… y esta vez no se ha obtenido tesoro alguno.

—¿Qué quiere usted decir?

—Las «somafagos» cogían las cosas de valor que encontraban en los barcos hundidos y nuestras hembras, las lemures, cambiaban a alguno de nosotros por esas cosas… Estos monstruos sentían una glotonería especial por la carne de lemur.

—¡Es espantoso!

—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

El lemur tardó un poco en contestar; después, con un hilo de voz, dijo:

—No sé… Ahora ya me es todo igual. La raza de los lemures se ha terminado y no volverá a renacer jamás.

—¿Por qué no viene usted con nosotros?

—¿Al mundo exterior?

—Sí. Nosotros cuidaremos de acondicionarle un lugar donde pueda vivir tranquilo… y no le faltará de nada.

—Eso fue lo que Carson me prometió.

—Y lo hubiese cumplido, no lo dude.

Hubo un largo silencio; luego accedió:

—Está bien. Iré con ustedes, pero antes voy a hacer algo muy importante… ¿Me acompañan? Está muy cerca de aquí.

Le siguieron, esforzándose en nadar como él, pero pronto el lemur les dejó atrás. Sin embargo, les esperó junto a la salida de las grutas, gaseosas. Tenía un objeto en la mano y lo estaba preparando.

Al ver aquello, Yves frunció el entrecejo y preguntó:

—¿Dónde ha encontrado eso?

Era una carga de «plastik», poderoso explosivo con fulminante capaz de funcionar debajo del agua.

—Carson me lo dio y me explicó su manejo… Yo ya le había dicho lo que deseaba hacer.

Se volvió de espalda, terminando de disponer la carga; luego, volviéndose hacia los humanos, dijo:

—Ya podemos irnos.

Se alejaron rápidamente de allí, nadando prestamente en pos del lemur, que se movía con una agilidad extraordinaria.

No tardaron en llegar a la superficie.

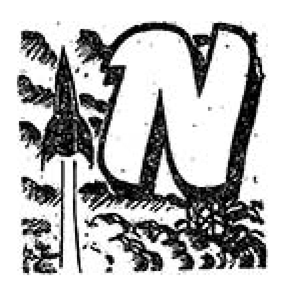
La noche les envolvía por completo.

Fue entonces, al emerger, cuando un sordo trueno les llegó, procedente de las profundidades del mar.

—¡La carga ha explotado!

—Sí —dijo el lemur—. Ivrino se ha vengado de todo lo que los lemures padecieron... Las galerías de gas se han abierto, derrumbándose sobre la ciudad donde las hembras ejercían su implacable mandato... ¡Los lemures han dejado de existir!

CAPÍTULO IX



ADARON lentamente, procurando orientarse, aunque no lo lograron.

Ningún fuego de posición indicaba dónde podía hallarse «Le Chercheur» y no tuvieron más remedio que acercarse a uno de los islotes volcánicos con los que tropezaron, saliendo al exterior.

Ivrino, naturalmente, se quedó en el agua.

El alba empezó a poner una gama de rosas en el este, poco después. Yvonne y Emías dormían apaciblemente sobre las rocas; pero Yves, incapaz de conciliar el sueño, se había sentado junto al borde del agua.

Así fue como, cuando la luz fue lo bastante intensa para permitirlo, vio los des barcos, a un par de millas de distancia.

¡Dos buques!

Él uno, indudablemente, era el «Chercheur». Y el otro, aun siéndole desconocido, tenía algo que despertó turbios recuerdos en la mente del joven. No cabía duda de que él había visto antes aquel buque; pero, por muchos esfuerzos que hizo, buscando afanosamente en su memoria, no consiguió precisar recuerdo alguno.

Despertó a los otros.

Todos se extrañaron de ver el buque al lado del «Chercheur», pero la explicación lógica brotó de los labios de Yvonne:

—Tú mandaste a los marinos a que fuesen a buscar ayuda, Yves.

El joven no se extrañó del tuteamiento.

—Es verdad —repuso—; sin embargo, hay algo en ese buque que no me inspira confianza.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, pero de todos modos tendremos que tener cuidado antes de acercarnos.

—¿Le habrá ocurrido algo a papá? —preguntó Yvonne.

—Eso lo sabremos pronto.

El cerebro de Yves funcionaba a pleno rendimiento. Hasta que apareció una idea que no le desagradó del todo.

—Escuchad —dijo—. Podemos hacer una cosa: tú, Yvonne, junto a Emías, podéis dirigiros francamente hacia el buque. Si no hay nada que suponga un peligro para todos, me hacéis una señal, lanzando, por ejemplo, una bengala verde. Entonces, Ivrino y yo iremos al buque y tu padre dispondrá de algo para que el lemur pueda subir a bordo. Si, por el contrario, hay alguna dificultad, no hagáis señal alguna. El que no lancéis una bengala significará que debo obrar con prudencia.

—Pero… ¿qué puede hacerte temer tal cosa?

—Ya te he dicho que no lo sé, Yvonne; pero, de todos modos, más vale ser prudentes. El lemur significa mucho para la ciencia y no podemos arriesgarnos a obrar a la ligera.

—Tienes razón. ¿Vamos, Emías?

—Sí.

—Entrad en el agua por ese lado. Es posible que estén observando el mar.

—Bien.

—Tened cuidado y no olvidéis la señal —advirtió Yves.

—No lo olvidaremos.

Entraron en el agua y se alejaron, describiendo un amplio círculo, nadando hacia los buques.

Ivrino sacó la cabeza del agua, cuidando que su torso, a cuyos lados se abrían los orificios branquiales, quedasen dentro del líquido.

—¿Se van? —inquirió.

—Sí. Pronto iremos nosotros.

Miró curiosamente al lemur y seguidamente preguntó:

—Oye, Ivrino, ¿cómo es posible que puedas hablar, si careces de pulmones?

El otro sonrió.

—Los lemures no carecen absolutamente de pulmones. Lo que ocurre es que aprovechamos el oxígeno que las branquias extraen del agua para lanzarlo, en parte, hacia la tráquea y producir, a través de la glotis, los sonidos que nos permiten hablar como vosotros.

—Es curioso.

Yves miró a los nadadores, que ya se acercaban al buque. Fue entonces cuando una motora se despegó del costado de uno le ellos, yendo en busca de Emías y la muchacha, que no tardaron en ser izados a bordo de la lancha.

* * *

Los marineros que los recogieron les eran completamente desconocidos, pero ni el griego ni la joven osaron preguntar nada.

Momentos después subían a bordo de «Le Chercheur», en cuya cubierta les esperaba una doble sorpresa.

Wall, Preston y el japonés estaban allí. Pero, junto a ellos, Yvonne vio, no sin un estremecimiento de terror, a Pierre, el coloso que le había hecho pasar tan malos ratos en el tugurio de Marsella, cuando fue a buscar un piloto.

Se quedó sin habla.

Pierre, por su parte, no se asombró. Conocía la existencia de la muchacha, así como su identidad. Y esperaba su vuelta. Por eso se acercó a ello, sonriendo descaradamente.

—¿Se da usted cuenta de lo pequeño que es el mundo, señorita Revard? ¿Quién iba a decir que nos íbamos a encontrar tan lejos del lugar donde nos conocimos?

Y cambiando de tono, al tiempo que sus ojos estrábicos brillaban peligrosamente, aulló:

—¿Dónde está ese perro de Gautier?

Yvonne no supo lo que decir, pero Emías fue en su ayuda.

—Sigue en el fondo, señor.

—¿Ah, sí? ¿Tardará en volver?

—No lo creo. Su depósito empezará pronto a agotarse.

Pierre sonrió.

—¡Qué sorpresa va a llevarse!

Yvonne, que había logrado serenarse, dijo:

—Deseo ver a mi padre. ¿Dónde está?

—Está perfectamente, señorita —repuso el coloso—. ¿Quieres acompañarle, Tamari?

El japonés se inclinó:

—Con mucho gusto.

—Quédate con ellos y escucha lo que se digan. No me fío de nadie y no quiero que Yves se me escape esta vez.

Tetrapópulos se estremeció, al pensar en lo que hubiese ocurrido si Gautier no hubiese intuido el peligro. Por fortuna, la ausencia de señal le haría permanecer lejos de los buques; pero ¿qué comería y bebería si debía permanecer mucho tiempo en aquel islote desierto?

Cuando el japonés y la muchacha se hubieron alejado, Wall se acercó al griego.

—¿Qué habéis encontrado?—inquirió.

—¿A qué te refieres?

—Habéis estado mucho tiempo debajo del agua y con equipos especiales, que ese imbécil de Revard tenía guardados... ¿Qué habéis visto?

—Lemures.

—¿Qué son?

—Hombres con cuerpo de pez.

No pudo impedir que el puño de Wall le golpease, tirándole al suelo.

—¿Me tomas por un imbécil?— aulló, dando de patadas a Emías—. Ya me dirás la verdad, si no quieres que te deshaga a golpes.

Tetrapópulos se dio cuenta de que la verdad no iba a servirle para nada. Por eso dijo sonriendo:

—Hemos encontrado también algunos restos de buques.

—Eso me interesa más. ¿Había algo dentro?

—No pudimos saberlo. Carson nos llamó, en aquel momento.

Wall se puso pálido.

—¿Carson?

—Sí. Estaba desangrándose. Un grupo de pulpos había caído sobre él.

Fred comenzó nuevamente a golpear al griego.

—¡Eres un embustero! ¡Carson no podía estar vivo!

—¡No seas imbécil! —gritó Emías—. ¡Te estoy diciendo la verdad! Tyrone logró cargar sus depósitos en unas cuevas de aire... ¡Sino lo quieres creer, no lo creas! ¿Qué interés tendría yo en decirte que vi a Carson vivo, si ya ha muerto definitivamente?

Wall dejó de golpear.

—¿Dijo algo antes de morir?

Enrías pensó que seguir mintiendo era lo mejor.

—Sí. Dijo que había visto muchos tesoros, que los pulpos reunían, quizás atraídos por el brillo de las joyas.

El rostro de Fred se iluminó.

Y volviéndose hacia Pierre, que estaba a su lado, preguntó:

—¿Te das cuenta ahora? Ya te dije, cuando te encontré en Lorenzo Márquez, que no ibas a perder el tiempo al venir aquí... ¡Seremos inmensamente ricos!

—¿Cuándo vais a bajar?

—Hoy mismo. Este nos guiará... Y si intenta engañarnos, le dejaremos en el fondo del mar.

Emías se puso en pie.

Se daba cuenta de que no le esperaba nada bueno y que su única posibilidad residía en lo que podía hacer Yves.

Pero, ¿podría hacer algo?

Entre tanto, Yvonne había llegado al laboratorio, abrazándose,

llorando, a su padre.

El profesor estaba de excelente humor, ya que le habían dejado seguir ocupándose del esqueleto, que era la único que parecía interesarle.

Pero se alegró muchísimo de volver a ver a su hija.

—¡Pequeña mía! ¿Qué tal te ha ido? ¡Eres una muchacha valiente!

—Nos ha ido muy bien, papá.

—¿Y los otros?

—Emías está con ese hombre…

—¿Y Gautier?

—Yves no ha regresado aún. Se ha quedado, en el fondo —tenía que despistar al japonés, que no se movía de su lado—, junto a Ivrino.

—¿Ivrino?

—Sí, un lemur.

La miró con los ojos desorbitados por el asombro.

—¿Cómo, Yvonne? ¿No intentas burlarte de mí?

—No, padre. Ivrino es un lemur.

—¿Vivo?

—Sí.

—¡No es posible!

Ella le contó lo que había ocurrido, sin importarle nada la presencia del japonés. Naturalmente, ocultó lo que sucedió con Carson, no mencionándolo para nada.

—¡Es fantástico!

Y después de una pausa preguntó:

—¿Crees que Yves traerá al lemur, pequeña?

—Ese es su propósito, papá.

—¡Qué gran hombre! Desde el principio me gustó ese muchacho.

Ella estuvo a punto de decirle que le había ocurrido igual, aunque en otro orden de cosas; pero la presencia del oriental le selló los labios.

Fue en aquel preciso instante cuando Pierre penetró en el laboratorio.

—¿Contenta de ver a papá, preciosa?

El sabio se irguió, como nunca le había visto su propia hija.

—¡Es usted un miserable! ¿Por qué no se va del lado de mi barco?

—Calla, vejestorio.

—¡Canalla! No crea que las cosas van a pasarse así… Las autoridades le harán pagar todas sus fechorías.

Pierre sonrió.

—Puede seguir diciendo tonterías hasta cuando quiera, abuelo… ¿Vamos, señorita?

—¡Yo no voy a parte alguna! ¡Y menos con usted!

—Mire, preciosa. Como verá, todavía no me he metido con su padre, al que he dejado tranquilo con sus huesos asquerosos… Si no me obedece, tendré que hacerle la vida imposible —hizo una pausa —. Y usted ama mucho a su papaíto para permitir que sufra, ¿verdad?

—¿Dónde quiere que vaya?

—A mi barco. Allí estará más segura que aquí.

—¡No vayas, pequeña!

—No te preocupes, papá. No me ocurrirá nada.

* * *

—Tengo hambre y sed, Ivrino.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

El lemur se hundió, tardando cerca de diez minutos en volver. Llevaba una hermosa colección de moluscos.

—Esto te calmará el apetito y apagará momentáneamente tu sed.

Observó, con una sonrisa, la forma en que Yves devoraba aquella carne deliciosa. Después preguntó:

—¿Qué estamos esperando, Yves?

—Ya, nada… La memoria me ha vuelto y sé que ese buque es el del capitán Pierre, un enemigo que estará deseando echarme la mano encima. Por eso no han hecho señal alguna desde «Le Chercheur»… ¡Pobre Yvonne!

—¿Le ha pasado algo?

—Pero puede pasarle.

Y después de una pausa siguió:

—Hemos de hacer algo, Ivrino. Ese hombre se ha apoderado de

nuestro buque y no me dejará subir nunca.

—¿Por qué no nos acercamos por debajo del agua?

—Eso es lo que yo pensaba hacer; pero me encontraba sin fuerzas para dar una sola brazada.

—¿Y ahora?

—Ahora ya vuelvo a estar en forma.

Se colocó la batisfera, fijándose entonces en que Yvonne y Emías habían dejado los fusiles sobre las rocas.

—¿Serías capaz de aprender a manejar una de estas armas, Ivrino?

—¿Por qué no?

Le explicó someramente la manera de hacerlas funcionar y el lemur captó las explicaciones con la sorprendente velocidad con que lo aprendía todo.

—Es una cosa muy útil —dijo sonriendo.

Momentos después, tras esconder el tercer fusil, los dos amigos nadaban profundamente, dirigiéndose directamente hacia el barco.

Él agua estaba intensamente clara y el mar apenas se movía.

Una vez bajo el casco de los buques, Y ves examinó detalladamente el del barco de su enemigo. Ahora recordaba perfectamente aquella embarcación: «Le Audacieux», una vieja nave que Pierre había logrado comprar, cuando ya estaba condenada al desmantelamiento.

Se acercó a Ivrino.

—Si pudiésemos abrir una vía de agua, este viejo cascarón se hundiría en pocos minutos.

—¿Serviría para algo?

—Sí, si pudiésemos evitar que sus tripulantes pasasen al otro buque.

—¿Y si están allí ya?

—Es verdad. No hay más remedio que subir a bordo de uno y otro.

Emergió, por el lado en que no podía ser visto desde la cubierta de «Le Chercheur». Justo, en aquel momento, el ruido de una motora llamó su atención.

Moviéndose cuidadosamente y sin separarse del casco, llegó hasta la proa, en el momento en que la lancha a motor se acercaba a la escala.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

¡Yvonne!

Sí, allí estaba la muchacha y a su lado, con su presencia masiva, Pierre, cuyos labios se entreabrían en una insoportable sonrisa de triunfo.

Tuvo que refrenar el ciego impulso que le empujaba a nadar hacia el buque y luchar abiertamente contra Pierre, pero un tirón, que le dieron en el tobillo, le obligó a sumergirse prestamente.

El lemur estaba a su lado.

—¿Qué pasa?

—Me he asomado por el otro lado y he visto que unos hombres se disponen a sumergirse... Llevan aparatos parecidos al tuyo.

—Veamos.

Le siguió, emergiendo poco después, junto a las hélices del buque del profesor Revard.

Ivrino no se había equivocado.

Una lancha estaba allí, acostada al buque y tres hombres, con batisferas iban a lanzarse al agua.

Y ves les reconoció instantáneamente.

Uro de ellos era Wall, el otro Preston y el tercero Emías Tetrapópulos.

¿Qué hacía allí el griego?

Ocultos bajo el timón, los dos amigos vieron sumergirse a los otros tres, dejando una estela de burbujas detrás de ellos.

—¿Qué hacemos? —inquirió el lemur.

—Dejarlos... Creo que Emías les guía hacia el fondo. No creo, ni un solo momento, que el griego nos haya traicionado. Ahora que se van, es el momento de actuar.

Y después de dar instrucciones al lemur, Yves se dispuso a jugarse su única baza.

CAPÍTULO X



ILENCIOSAMENTE, procurando que la cadena no se moviese, Yves ascendió por ella, en una posición difícil, ya que el barco se había movido y el ancla seguía firme en el fondo. Le dolían las manos por el roce contra el metal, pero, mordiéndose los labios consiguió, no sin una titánica lucha contra su propio peso, llegar hasta la parte superior, junto a la ojiva por la que la cadena penetraba en el barco.

De allí a cubierta había aún más de dos metros, casi sin apoyo, y el joven hubo de jugarse el todo por el todo hasta que sus manos se agarraron, después de un escalofriante salto, en el borde de la parte inferior de la barandilla.

Entonces, a pulso, fue subiendo, hasta que pudo echar una primera ojeada sobre cubierta.

No había nadie.

Un silencio inusitado planeaba sobre el «Chercheur» y Gautier supuso que la tripulación debía haber sido encerrada, nuevamente, en las bodegas.

Izándose, pasó sobre la barandilla, corriendo después hasta junto una de las entradas, donde pegó su cuerpo, que dejaba detrás una huella húmeda sobre el suelo.

Escuchó.

El mismo ominoso silencio seguía dominándolo todo.

Al otro lado, la fea silueta del «Audaz» ponía una nota de piratería que hizo que Yves cerrase los puños, hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

Allí estaba Yvonne, como un rehén precioso, en poder de Pierre.

Pero había que proceder por partes y terminar primero con todo lo que impedía que el «Chercheur» fuese un barco libre.

Avanzó, por los pasillos internos, moviéndose con facilidad, ya que conocía el buque con los ojos cerrados. El puente estaba vacío, así como el despacho del profesor.

Al bajar por una escalerilla, se apoderó de un hacha, de las que, junto a los extintores de incendio, servían para abrirse paso en caso de siniestro.

Llevaba el fusil en bandolera.

Un poco más allá, oyó un rumor apagado de voces. Procedían del laboratorio de Revard y hacia allá se dirigió el joven.

Pronto le llegaron distintamente las voces del sabio y del japonés. Al acercarse a la puerta, oyó lo que este último estaba diciendo.

—Sé, viejo maldito, que debes tener dinero escondido, corno tenías las otras batisferas. A mí no me engañas…

—No tengo dinero. Ustedes se lo llevaron todo.

—¡Es mentira! Y ya verás cómo vas a decirme dónde lo tienes escondido.

—¡Aunque lo tuviera no te lo diría jamás, miserable!

—¿Crees que no? Voy a hacerte una proposición… Sé, aunque no comprendo por qué, que estás loco por esos huesos que hay encima de la mesa. Si no me dices lo que quiero saber, voy a cogerlos y los lanzaré al mar.

—¡No!

—¿Te das cuenta de que tengo las mejores cartas en mi mano? ¿Qué, me lo dices?

Hubo un penoso silencio.

Después, la voz del sabio se dejó oír, lastimera y débil:

—Voy a darle lo poco que me queda…

—¡Eso está mejor!

Fue en aquel momento cuando, sin poder resistir más, Yves apareció en el umbral.

—¡Voy a ser yo quien te voy a dar lo que mereces, perro amarillo!

Isuko se volvió.

Su piel había adquirido un color ceniciento.

—¡Gautier!

—Sí, soy yo… ¿creías que había terminado, eh?

—Yo…

—¡Calla, cerdo! Carson al menos antes de morir tuvo el gesto decente de ponernos en guardia contra, sus amigos… A él le perdono, pero no a ti, que estabas dispuesto a abusar, una vez más, de la bondad de este hombre.

—¡Hablaba en broma!

Pero Tamari deseaba ganar tiempo. Sus ojos oblicuos no se habían separado del hacha que empuñaba Yves, al tiempo que su mano iba en busca del cuchillo que llevaba en la cintura.

—¡Cuidado!

Fue el profesor —¡una vez, por lo menos, en contacto con la realidad! —quien lanzó aquel aviso.

Yves no tuvo más que el tiempo justo para agacharse.

El cuchillo pasó sobre su cabeza, clavándose detrás de él en la puerta donde se quedó vibrando lúgubremente.

Yves lanzó el hacha.

En esta ocasión, el japonés no pudo hacer nada para evitar que el arma penetrase en su cráneo, profundamente, abriéndolo en canal, como una granada madura.

—¡Gracias, Yves!

Y el anciano se abrazó a Gautier.

—¿Hay alguien más en el buque?

—No. Ese canalla se ha llevado a Yvonne y Emías se ha visto obligado a acompañar a los otros. ¿Dónde está el lemur, hijo mío?

—En el mar.

—¿Es verdad que está vivo?

—Como usted y yo.

—¡Qué alegría!

—Contenga ahora su impaciencia, profesor. Tiempo tendrá de hablar con él y enterarse de muchas cosas… Ahora voy a libertar a la tripulación y luego veremos lo que hacemos. Seguro que vamos a tener mucho trabajo.

Momentos después, la tripulación estaba a salvo y Gautier les daba instrucciones concretas.

Todos ellos se ocultaron en cubierta, convenientemente armados, sin dejarse ver un solo momento.

Después de rogar al profesor que no se moviese del laboratorio, Yves descendió por la cadena del ancla, hundiéndose en el mar y empezando a nadar hacia el «Audaz».

* * *

—¿Sabes una cosa, preciosa?

Yvonne, sentada frente a Pierre, se mordió los labios, dispuesta a no decir una sola palabra.

Su mente estaba ocupada febrilmente, preguntándose qué podría haber hecho Yves al no ver señal alguna que le dijese que no había peligro.

¡Qué intuición la suya!

Parecía haber adivinado la verdad, cuidándose muy mucho de lanzarse hacia los barcos, cosa que hubiese, indudablemente, constituido la pérdida general de todas las esperanzas.

—¿En qué piensas, Yvonne?

—En nada.

—Seguro que te enamoraste de ese imbécil de Yves, ¿verdad?

—No sé nada.

—Siempre tuvo mucha suerte con las mujeres, pero yo le dejaré el físico de tal manera que jamás podrá volver a pavonearse en ningún puerto del mundo.

Lanzó una carcajada.

—Porque no voy a matarlo, ¿entiendes?... Quiero solamente darle una paliza formidable. Y esta vez no me dejaré coger a traición.

—¡No hubo traición en lo que hizo Yves!

—¡Cómo le defiendes! Pero ya verás como te gusta mucho menos cuando salga de mis manos.

Fue entonces cuando alguien llamó a la puerta del camarote.

—¡Adelante!

Un marino penetró con cara asustada.

—¡Nos hundimos, capitán!

—¿Qué clase de tonterías estás diciendo?

—Hay una vía de agua en las bodegas.

—¡Tapadla!

—Es imposible... No hay nada que hacer...

—¡Vamos!

—Salió, corriendo detrás del marino que le precedía. Cuando bajó a las calas, el agua llegaba ya más arriba de la escalerilla de

acceso.

No había nada a hacer.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto?

—No lo sé, capitán. Quizás el casco estaba podrido...

Pierre lanzó una carcajada.

—¡Al diablo con el «Audaz»! Tenemos otro barco, mil veces mejor, que nos pertenece como éste... ¡Da la orden de que se salve quien pueda!

Subió corriendo y penetró en tromba en su camarote.

—¡Vamos, preciosa!

—¿Qué ocurre?

—Este viejo barco se ha cansado de vivir...

¡Vamos!

La arrastró, llevándola de la mano y corriendo velozmente hacia cubierta. El buque escoraba ya intensamente de babor.

Las lanchas estaban siendo lanzadas al agua y Pierre, sin soltar la mano de la muchacha, subió a una de ellas. Dos marineros le acompañaban.

—¡Remad rápidos! Hay que evitar ser cogidos por el remolino. —Y lanzando una mirada a su barco: —¡Vete al infierno, maldito!

La lancha empezó a bogar rápidamente hacia el «Chercheur».

* * *

Yves, con los ojos fuera del agua, contempló la huida de los marinos del buque de Pierre

—¡Las ratas se salvan! —dijo en voz baja.

Estaba contento y agradecido al trabajo que el lemur había hecho. Pensando en él, le buscó, sin verlo por parte alguna.

Debía estar cerca.

Su mirada se clavó en la lancha donde Pierre y la muchacha iban sentados. Esperaba que desembarcasen, subiendo al buque del sabio, donde les había preparado una excelente acogida. Los marinos del «Chercheur» desarmarían a los otros y liberarían a Yvonne, terminando con aquella desagradable situación.

Las barcas bogaban rápidamente.

De repente, Yves vio la cabeza de Ivrino, que nadaba velocísimamente hacia la lancha donde iba Pierre.

¿Qué se proponía?

Inquieto, empezó a su vez a nadar hacia allá, temiendo que el lemur se dejase llevar por el odio que debía sentir por Pierre, después de lo que Gautier le había contado.

Fue entonces cuando Pierre volvió la cabeza.

Yves se percató de que aquel canalla acababa de sorprender al lemur y nadó, con todas sus fuerzas, deseando ardientemente llegar a tiempo.

El marino gritó algo, poniéndose en pie; después, descolgó algo de su cinturón, levantando el brazo.

Un escalofrío de terror estremeció a Yves.

—¡Cuidado, Ivrino! ¡Cuidado!

Pero ya el objeto volaba por el aire, cayendo cerca de donde el lemur nadaba como un pez.

Una explosión horrísona desgarró el silencio, levantando un verdadero géiser de espuma. Yves resistió el choque de la onda expansiva, pero no detuvo por eso su marcha, transido de dolor y de desesperación.

Pierre, que reía a carcajadas, se había inclinado a la popa de su embarcación, señalando el cuerpo inmóvil que flotaba sobre el agua, aún burbujeante.

—¡Vaya pesca que he hecho! —gritaba sin dejar de reír.

Yves llegaba en aquel momento junto a la lancha.

Irguiéndose fuera del agua, gracias a un poderoso taconazo, los brazos de Gautier se alzaron y sus manos sé cerraron sobre el cuerpo, en equilibrio inestable, del coloso.

Éste lanzó un rugido, intentando desasirse de aquella tracción poderosa; pero todo fue completamente inútil y se vio arrastrado al agua por algo que tiraba irresistiblemente de él.

Yves se hundió sin soltar su presa.

Durante unos minutos, un par de ellos, Pierre intentó luchar contra su enemigo; pero habiendo sido arrancado por sorpresa de la embarcación, no había tenido, tiempo de coger el aire necesario para poder resistir una inmersión tan prolongada.

Su rostro estaba congestionado.

Yves siguió hundiéndose.

Sabía perfectamente que su enemigo había empezado a tragar agua y que la asfixia terminaría con él muy pronto; pero una

especie de salvaje impulso le impelía, llevándole hacia el fondo, hacia los tenebrosos territorios donde había existido Lemuria, como si desease complacer a Ivrino, cuyo cuerpo debía estar flotando sobre las aguas.

Cuando abandonó a Pierre, el rostro de éste tenía una expresión horripilante, como jamás Yves le había visto.

Subió hacia la superficie.

Nadando después hacia el barco, tropezó casi con el cuerpo del lemur, al que arrastró hacia el barco.

El «Audaz» había desaparecido.

Una mirada hacia la cubierta del «Chercheur» le demostró que todo había salido bien, ya que los marinos le hacían amistosas señas desde la baranda.

Le tendieron una escala y el joven cargó con el cuerpo del lemur, subiéndolo a bordo. Los marinos del «Audaz» habían sido encerrados en la bodega y la muchacha estaba en libertad, corriendo hacia Yves, que ya había dejado a Ivrino en el suelo, abrazándose a él.

—¡Querido!

Yves se quitó la batisfera.

Desasiéndose de la muchacha, cogió nuevamente el cuerpo del lemur, dirigiéndose al laboratorio.

El profesor, que le vio entrar, lanzó una exclamación de horror, al darse cuenta de que Yves no traía más que un cadáver

—¿Muerto? —inquirió como si no diese crédito a lo que veía.

—Sí.

Y después de colocarlo sobre una de las mesas dijo:

—¡No lo toque, profesor!

—¿Eh?

—No lo toque. Se lo dejo a usted unos minutos. Puede fotografiarle y tomar cuantas notas quiera.

—Pero…

—Eso es todo, profesor. Le debemos, a este lemur, la libertad de Yvonne y el castigo de los culpables.

—Comprendo.

Yves salió del laboratorio, yendo en busca de la muchacha.

—Voy a ordenar que una lancha vaya hasta Lorenzo Márquez a buscar ayuda. Nuestra estancia ha terminado aquí…

Y después de ordenar que una motora saliese para el puerto portugués:

—También habremos de enterrar a Ivrino, profesor.

—¿Vas a llevarlo a tierra?

—No. Un lemur debe descansar en el fondo del océano. Tendrá un final de marino… Y quizás, cuando baje al fondo, verá que todo ha vuelto a la calma inconmovible de siempre: Lemuria se ha terminado y todos los que intentaron hacerla daño han muerto también. Ya sé la importancia que para los sabios del mundo tendría el ejemplar que tu padre está fotografiando en su laboratorio… pero jamás podría perdonarme el traicionar a alguien que fue tan bueno con todos nosotros. Ivrino volverá al seno de las aguas donde vio la luz y cuyas sombras le rodearán ahora eternamente…

